

PONTIFICIA UNIERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

FACULTAD DE PSICOLOGÍA



**VIOLENCIA SIMBÓLICA E INTELIGENCIA EMOCIONAL EN MUJERES DE
LIMA METROPOLITANA Y CALLAO**

Tesis para optar el título de licenciada en Psicología con mención en Psicología Clínica que
presenta la bachillera:

Daniela Estefanía Ramírez Meneses

Asesora:
Noelia Rodríguez Espartal

Lima, 2021

Agradecimientos

A Noelia, mi asesora, que eligió acompañarme en todo este proceso y que, además, fue la primera persona que me enseñó lo fascinante e importante que es aprender y profundizar en temas de género. Esta investigación se la debo a ella, que me brindó su apoyo incondicional no solo en lo académico sino en lo personal. Con el tiempo, no solo fue una gran profesora y asesora, sino que se convirtió en una gran amiga. Como digo desde mucho antes que termináramos esta tesis, estoy muy emocionada por todo lo que seguiremos aprendiendo juntas.

A mis papás, porque todo lo que soy hoy en día es por ustedes y lo que me han enseñado. A mi mamá, porque todos los días encuentra nuevas formas de estar para mí en todo lo que necesite y porque es el mejor ejemplo a seguir que me podría imaginar. A mi papá, por nunca dudar de mí y enseñarme que puedo alcanzar todo lo que me proponga, por más dudas que pueda tener en mí misma. Los quiero más de lo que les podría explicar.

A mi hermanita, porque verla crecer y convertirse en una persona fuerte, independiente y con ganas de cuestionarlo todo, es una de las mejores experiencias. Te quiero y admiro muchísimo, eres la persona por la que lucho por un mundo con más oportunidades.

A mi abuelito que, aunque ya no está físicamente conmigo, lo pienso y recuerdo todos los días.

A mis amigas y amigos, por su apoyo en todas las áreas de mi vida, por acompañarme y hacerme reír siempre que lo he necesitado. Y, sobre todo, por ser el grupo de personas que siempre consideraré mi espacio seguro. Gracias por darme su amistad incondicional a lo largo de todos estos años.

Finalmente, a todas las mujeres que participaron en esta investigación, gracias por compartir un poco de ustedes conmigo. Sigamos resistiendo.

Violencia simbólica e Inteligencia emocional en mujeres de Lima Metropolitana y Callao

Resumen

La presente investigación tuvo como objetivo identificar la relación entre la violencia simbólica e inteligencia emocional en mujeres de Lima Metropolitana y Callao. Para lograrlo, se elaboró una investigación de metodología cuantitativa (N=225), la cual permitió explorar la relación entre las dimensiones de ambas variables. Los resultados señalan que mayores niveles de inteligencia emocional, específicamente de la dimensión de percepción emocional, presentan una relación inversa con las dimensiones de violencia simbólica. Asimismo, se encontraron diferencias según todas las variables sociodemográficas analizadas, excepto por lugar de nacimiento y nivel socioeconómico.

Palabras clave: violencia simbólica, inteligencia emocional, roles de género.

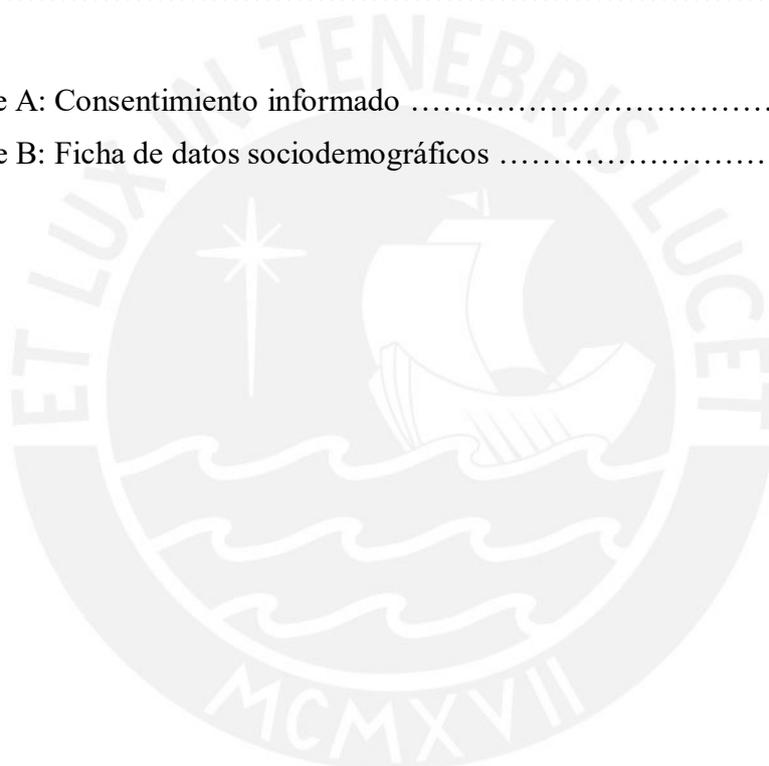
Abstract

This research aims to identify the relation between symbolic violence and emotional intelligence in women of Metropolitan Lima and Callao. For this purpose, this research was based on a quantitative methodology with a sample of 225 women. The results suggest that high scores in emotional intelligence, specifically on the dimension of emotional perception, present an inverse relation with de symbolic violence dimensions. Further, we found differences according to all the sociodemographic variables analyzed, except for place of birth and socioeconomic status.

Key words: symbolic violence, emotional intelligence, gender roles.

Tabla de contenidos

Introducción	1
Método	
Participantes	13
Medición	14
Procedimiento	15
Análisis de datos.....	15
Resultados	17
Discusión	25
Referencias	35
Apéndices	
Apéndice A: Consentimiento informado	47
Apéndice B: Ficha de datos sociodemográficos	49



Introducción

El fenómeno de la violencia de género ha estado presente en mayor o menor medida a lo largo de la historia, e incluye diversas conductas y formas de coacción que hasta hace poco tiempo eran socialmente aceptadas (Expósito, 2011; Nieves, 1996). Sin embargo, actualmente es considerada una violación de derechos básicos y la sensibilidad social hacia el tema va en aumento con el pasar de los años (López-Núñez, 2013; Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo, s/f; Rodríguez, 2012). Asimismo, la Organización Panamericana de la Salud (OPS) plantea que representa un problema de salud pública, una barrera al desarrollo económico y una manifestación de inequidad de género (Bott et al, 2013). De esta forma, a través del tiempo, la erradicación de este fenómeno y la lucha por los derechos igualitarios se han tornado de mayor importancia (Pecho, 2017). Esto incluso se ve reflejado en los objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) para el año 2030 planteados por la Organización de Naciones Unidas (ONU, 2015).

No obstante, se hace evidente que, pese a los esfuerzos, sigue siendo una problemática presente en la sociedad actual. Así, la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2021) reconoce que la violencia contra la mujer constituye un grave problema de salud pública y una violación a los derechos humanos. A nivel mundial, el 58% de mujeres asesinadas en el 2017 fueron víctimas de sus parejas o miembros de su familia (United Nations Office on Drugs and Crimes [UNODC], 2019). Las mujeres y niñas suman el 72% de las víctimas de trata de personas detectadas en el mundo (UNODC, 2018). Esta realidad también se refleja en Sudamérica, pues se registraron un total de 4640 feminicidios en el 2019 en dicha zona, (Comisión Económica para América Latina [CEPAL], 2020).

En el contexto nacional, se registraron 168 feminicidios en el año 2019, que excede por 19 casos del mismo delito al año anterior (CNN Español, 2019). En cuanto a los tipos de violencia perpetrados, la Defensoría del Pueblo (2019) indica que, de enero a junio de ese año, las cifras de violencia física fueron las más altas, seguidas por los casos de violencia psicológica. En el mismo periodo de tiempo, se evidenció que la capital del país tiene un mayor índice de violencia contra las mujeres, con más de 22 mil casos registrados (Defensoría del Pueblo, 2019).

Para entender las particularidades de las manifestaciones de violencia contra la mujer durante el año 2020, es necesario analizar las mismas tomando en consideración el impacto que tuvo la llegada de la COVID-19 ese año, y cómo es que sus efectos evidenciaron con mayor claridad las desigualdades de género en el mundo (Programa de las Naciones Unidas para el

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

Desarrollo [PUND], 2020). La Defensoría del Pueblo (2020) reporta que, hasta el 15 de marzo de 2020, antes de que se declarara la medida de aislamiento obligatorio, se registraron 38 casos de feminicidio, cinco más de los identificados en el mismo periodo el año anterior. Si se toma en cuenta que el 60% de los feminicidios en nuestro país ocurren en el hogar, se plantea que las mujeres y niñas se encuentran en un mayor riesgo debido a las medidas de confinamiento, puesto que dificulta la posibilidad de distanciarse de sus agresores o pedir ayuda a alguien externo (Plan International, 2021; PUND, 2020). De hecho, con el inicio de la pandemia se evidenció un aumento considerable de llamadas a las líneas de atención encargadas de casos de violencia doméstica (Plan International, 2021).

Así, durante el 2020 en nuestro país, se reportaron 132 feminicidios; 204 tentativas, de las cuales 110 ocurrieron durante el estado de emergencia y 37 durante la inmovilización social obligatoria que se dio a nivel nacional (Defensoría del Pueblo, 2020). Si bien hasta septiembre del 2020, 48 países incluyeron en sus planes de respuesta a la COVID-19 la prevención y respuesta a la violencia contra mujeres y niñas, es de suma importancia intensificar los esfuerzos (ONU Mujeres y PUND, 2020). Esto debido a que los diferentes tipos de violencia impactan de manera significativa la salud física, psicológica, sexual y reproductiva de las víctimas, tanto a corto como largo plazo (OMS, 2021). En tal sentido, se sabe que el sufrir de maltrato sistemático tiene consecuencias negativas para la salud mental. Esto fue corroborado por un estudio realizado en Lima Metropolitana y Callao por el Instituto Nacional de Salud Mental Honorio Delgado-Hideyo Noguchi (INSM “HD-HN”, 2012), en el que se encontró que las mujeres maltratadas sistemáticamente reportaban insatisfacción con la vida (40.1%), mayor deseo de morir (68.6%) y una mayor prevalencia de trastornos mentales (57.1%) a comparación de las mujeres que no sufren este tipo de violencia.

Para una mayor comprensión de la violencia de género, es necesario plantear la definición de violencia en general, la cual ha sido conceptualizada de distintas maneras a lo largo del tiempo; sin embargo, un elemento se mantiene constante: “la disposición de dominar para mantener o conquistar nuevos poderes” (Rodríguez-Espartal, 2012, p. 59). En específico, la violencia de género es definida como cualquier acto de violencia basada en el género que puede resultar en un daño físico, sexual o psicológico, en el que se incluyen amenazas, coerción o privación arbitraria de la libertad, y que tiene lugar tanto en el ámbito privado como en el público (Yugueros, 2014; ONU, 1994).

Es pertinente mencionar que si bien la violencia de género y la violencia contra la mujer han sido tratados como términos equivalentes (Alonso, 2015), el igualarlos deja de lado la complejidad del primero (Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables [MIMP], 2016;

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

Pecho, 2017; Rodríguez Espartal, 2018). Esto, dado que la violencia de género puede funcionar para referirse a diversas formas de violencia, desde aquellas que se dan en el espacio familiar o conyugal, hasta los crímenes de odio contra la comunidad LGBTIQ (MIMP, 2016). Sin embargo, se sugiere que la violencia basada en género afecta principalmente a las mujeres (Díaz-Aguado y Arias, 2001; MIMP, 2016; Nieves, 1996; Pinto et al., 2018). Además, desde diversas investigaciones se plantea que, en la mayoría de los casos, el maltratador suele ser un hombre; y en aquellas ocasiones en que una mujer ejerce violencia contra él, la mayoría de las veces es en defensa propia (Browne, 1989; Gelles; 1979; O'Leary et al., 1985).

Siguiendo esta línea, en la presente investigación se considerará específicamente la violencia contra la mujer, puesto que nos enfocaremos en aquella ejercida por hombres hacia mujeres en una relación de pareja o que hayan tenido una relación de pareja. Oblitas (2009) plantea que la violencia contra la mujer es considerada una violación a los derechos humanos que expresa la desigualdad de género, un problema de salud pública, así como un obstáculo para el desarrollo de la sociedad. Además, este tipo de violencia constituye una manifestación de desigualdad y dominación de los hombres sobre las mujeres, únicamente por su condición de serlo (Rodríguez-Espartal, 2012; Sanz-Barbero et al., 2014).

Así, es pertinente tener en consideración que la violencia contra la mujer es un fenómeno que se da en todas las sociedades, independientemente de su sistema político y económico (Heise y García-Moreno, 2002), y que tiene como base una serie de patrones culturales y conductuales en los que se pone de manifiesto un orden social patriarcal, que desvaloriza lo femenino y, por tanto, genera desigualdad (MIMP, 2016; Rodríguez-Espartal, 2012). De hecho, se plantea que no existe ni ha existido en algún momento una sociedad en la que la igualdad entre hombres y mujeres sea verdadera, sino que siempre se ha dado la dominación de los primeros (Rodríguez-Espartal, 2012).

Por todo lo anterior, se evidencia que la violencia de género es un constructo complejo (Expósito, 2011; Plaza Velasco, 2007), que no se puede reducir a la violencia física (López-Núñez, 2013). Siguiendo esta línea, la propuesta de Galtung (1969) supone un modelo triangular de la violencia, en la que se plantean tres tipos: la violencia directa (física), la estructural (orden social) y la cultural, que tendría un carácter simbólico y justificaría las dos primeras (MIMP, 2016; Reverter, 2003). En ese sentido, Blanco (2009) menciona que todo acto de violencia de género implica violencia simbólica, ya que las diversas expresiones de la primera cuentan con una base cultural e histórica.

La violencia simbólica, constructo propuesto por Pierre Bourdieu (1998, 2000), es el sometimiento de un grupo respecto a otro, a través de un proceso de socialización que permite

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

naturalizar las relaciones de poder, de tal forma que la asimetría basada en el género se vuelve incuestionable. Ambos grupos, el dominado y el dominador, comparten instrumentos de conocimiento que permiten la asimilación de esa relación de dominación, por lo que parece un vínculo natural (Bourdieu, 2000; Calderone, 2004; Plaza-Velasco, 2007). De esta forma, se plantea la existencia de un proceso mediante el cual se naturalizan determinados comportamientos y valores reproducidos por el grupo social dominante, a los que se denomina “habitus” (Bourdieu, 1991).

Se sugiere que el habitus funciona como un esquema de pensamiento, visión y acción que los agentes sociales incorporan a través del tiempo, conformando prácticas que se ajustan a dichos esquemas (Bourdieu, 1991; Calderone, 2004). Producto de ello, se da una suerte de “sometimiento voluntario”, que el grupo oprimido justifica y así termina constituyendo la relación de dominación de la que forma parte (Calderone, 2004; López, 2015). De esta manera, la dominación se establece a través de una imposición de visión del mundo, roles sociales, estructuras mentales y categorías cognitivas, lo que la diferencia de la violencia física, pero no implica que sea menos nociva (Sentamans, 2012).

Por otro lado, se plantea que lo simbólico funciona como un sistema de clasificación (Acosta, 2014; Bourdieu, 2012). Dado que Asakura (2004) propone que el género clasifica y jerarquiza el mundo, este sistema será la base de la presente investigación al trabajarse con violencia contra la mujer en una relación de pareja o expareja. Si se parte de este sistema, es necesario reconocer que, en él, la violencia simbólica perpetúa el funcionamiento de un sistema patriarcal (Acosta, 2014). En un contexto de estas características, la diferencia entre los sexos marcará tanto lo objetivo de las estructuras sociales como lo subjetivo de las estructuras mentales; lo que resultará en un dominio masculino que se refuerza a través de costumbres y discursos, sin necesidad de justificación o coerción (Bourdieu, 2000; Carvalho, 2006; MIMP, 2016).

Lo planteado anteriormente también se ve influenciado por las relaciones de poder desiguales entre hombres y mujeres que responden a una estructura social ya establecida histórica y culturalmente (Blanco, 2009). Además, como es propio de este tipo de violencia, las mismas mujeres aplican los esquemas mentales propuestos por el grupo dominante, y lo hacen a cualquier realidad sin necesidad de cuestionarlos (Bourdieu, 1998, 2000; Plaza-Velasco, 2007). La identificación de este tipo de violencia será un proceso complejo debido a que nos hace partir de la base de que hombres y mujeres no solo son diferentes, sino desiguales, y que los primeros dominan sobre las segundas (Blanco, 2009).

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

Teniendo en cuenta lo comentado, resulta evidente que la violencia simbólica tendrá diversas expresiones en la vida cotidiana. Por todo lo planteado previamente, se puede ver cómo es que la violencia simbólica se relaciona con el concepto de violencia estructural: el agresor no es fácil de identificar, y menos aún los mecanismos que la explican (La Parra y Tortosa, 2003). Esto, debido a lo comentado: su origen está en procesos de estructuración social, de tal forma que no necesita de una violencia directa (donde el agresor es identificado fácilmente) para tener efectos negativos sobre las oportunidades, el bienestar, la identidad o la libertad (Galtung, 1996). Una serie de conductas se presentan como habituales, y ello nos lleva a verlas como normales; la resistencia disminuye, así como la crítica y oposición al agresor y su comportamiento, por lo que todo ello es integrado a una rutina (Lorente, 2001).

Por lo tanto, la violencia simbólica también engloba los mensajes, valores, signos e íconos que pueden reproducir y/o transmitir relaciones de dominación, desigualdad y discriminación, las cuales naturalizan la subordinación de la mujer en la sociedad (Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, República Bolivariana de Venezuela, 2007). Por ejemplo, Blanco (2009) plantea que la violencia simbólica se puede evidenciar en nuestro contexto en la imagen de mujer ideal que vende un sistema capitalista-heteropatriarcal. La misma autora menciona que las mujeres son presentadas como objeto de deseo de un otro masculino, lo que las ubica en un lugar determinado dentro de una relación de poder: mujer-objeto y hombre-deseante. De la misma forma, las mujeres siempre parecen ser vistas como las culpables de hechos violentos que “ellas mismas provocan” por su manera de vestir, comportarse, o son vistas como las que buscan malos tratos, etc. (López, 2015).

Siguiendo esta línea, para entender realmente esta clase de situaciones de violencia, es vital tomar en cuenta el “deber ser” impuesto a hombres y mujeres de manera diferenciada; para lo cual es necesario considerar los mitos, roles y estereotipos involucrados en la justificación de la violencia. (López, 2015). La violencia ejercida contra las mujeres no se captura en su totalidad si no se comprende que los perpetradores actúan basándose en formas de relaciones de género ya establecidas, que solo se exacerban, pero ya existían (Frías y Hurtado, 2010).

Así, se plantea que el origen de la violencia de género está en la asimetría de las relaciones de poder ancladas en los roles de género asignados a hombres y mujeres a través de la historia, los cuales provienen de lo que es socialmente aceptado como masculino y femenino (Consejo Nacional para la Igualdad de Género, 2016). Para lograr una mayor comprensión del tema, es necesario explicar qué son los estereotipos y roles de género, así como sus

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

implicancias. Asimismo, es importante precisar que el género se refiere a una construcción social y cultural de lo que supone ser hombre y mujer en una sociedad determinada (Pecho, 2017).

En el primer caso, los estereotipos de género engloban un conjunto de características comunes asociadas más a hombres o mujeres (Castillo-Mayén y Montes-Berges, 2014; De la Cruz, 2017; López-Zafra et al., 2008). Estas ideas preconcebidas modelan cómo debe actuar un hombre y una mujer por el simple hecho de serlo (Delgado et al., 1998; Quesada, 2014). Si bien supone una valoración neutra, funciona como un prejuicio al aplicarse a grupos de menor poder social; en este caso, las mujeres (Castillo-Mayén y Montes-Berges, 2014; Delgado-Álvarez et al., 2012; López-Núñez, 2013). De esta manera, se sugiere que traen consigo una serie de consecuencias negativas, pues limitan el desarrollo integral de las personas, en tanto influyen en sus preferencias, desarrollo de habilidades, aspiraciones, rendimiento, etc. (Castillo-Mayén y Montes-Berges, 2014).

Estas normas dictadas por la sociedad son aprendidas tanto por hombres como por mujeres a lo largo de la vida para pasar a regir su comportamiento, y es a partir de ellas que se configuran los roles de género (Yubero, 2004). En otras palabras, las diferencias sentimentales, de pensamiento y comportamiento se atribuyen más a la influencia de las características sociales y culturales de nuestro entorno (Valdez-Medina, 2009). Estas ideas preconcebidas sobre hombres y mujeres afectarán diferentes sectores de su vida, tales como la educación, el trabajo, las relaciones de pareja y familiares, etc. (Armour, 2009).

Siguiendo esta línea, Eagly (1987) plantea la teoría de la congruencia del rol de género, en la que indica que dichos roles usualmente expresan expectativas compartidas sobre el comportamiento de una persona según sea identificada socialmente como hombre o mujer. Así pues, se dictan diversas normas y expectativas consensuadas respecto a las conductas deseables y/o admiradas de cada sexo; y consecuentemente, determinados comportamientos eliciten sentimientos de orgullo o vergüenza, de no cumplirse con lo esperado (Godoy y Mladinic, 2009). Incluso pueden provocar experiencias subjetivas negativas como angustia, timidez o pudor incluso cuando las normas hegemónicas planteadas no son transgredidas (Ortiz-Hernández, 2004).

De esta manera, la masculinidad tradicionalmente se construye con base en atributos como la fuerza, el poder de decisión, la admiración, etc. (Chaves, 2012). Ello supone un reconocimiento distinto y superior a lo femenino, producto de lo cual se conforman una serie de roles socialmente contruidos (Delgado-Álvarez et al., 2013). De esta forma, aquellos que asumen los roles masculinos se adjudican el papel y deber de ejercer violencia para lograr

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

mantener su superioridad (De Alencar-Rodríguez y Cantera, 2012). Por lo tanto, violencia y género se vuelven un binomio inseparable para mantener la desigualdad estructural (Expósito, 2011).

A partir de lo comentado, no resulta sorprendente que las mujeres puedan llegar a introyectar una imagen negativa de sí mismas por los roles impuestos por la sociedad (Ragneda, 2012). Así pues, es evidente que dichos roles y estereotipos de género comentados líneas arriba alimentan la base de la violencia simbólica, puesto que esta también se ve expresada en sugerencias, seducciones, órdenes, reproches (Bourdieu, 2007). Por ello es que con el pasar del tiempo, se han realizado más investigaciones que buscan determinar si es que los roles y estereotipos de género se mantienen o pueden variar según el contexto.

Por ejemplo, un estudio realizado en España muestra cómo es que las similitudes entre hombres y mujeres aumentan a través del tiempo (García-Retamero et al., 2011). Asimismo, una investigación en Ghana soporta estos resultados, reportando similitudes a nivel cognitivo y de personalidad: se encontraron más características tradicionalmente masculinas en mujeres y más masculinas en hombres (Bosak et al., 2018). Sin embargo, también se ha encontrado que, en el caso de las mujeres, los estereotipos parecen mantenerse y hasta aumentar, demostrando la durabilidad que pueden tener estas normas pese a los cambios y aceptación de mujeres y hombres en espacios no tradicionales (Haines et al., 2016).

En el Perú, Rottenbacher (2019) realizó una investigación durante un periodo de 22 años (1996-2018) que pretende identificar los cambios y continuidades en las actitudes de peruanos y peruanas respecto a los roles de género en diversas áreas. Los resultados obtenidos, según plantea el autor, son ambivalentes. Así, si bien se observa un cambio hacia una perspectiva más liberal en áreas como la educación superior y liderazgo político, se comprueba un incremento en las tendencias conservadoras respecto a años anteriores en las áreas de dedicación al trabajo y familia.

Como se puede notar, se han realizado numerosas investigaciones respecto a los roles y estereotipos de género, lo que resulta útil por el papel que cumplen en los procesos de discriminación (García-Retamero et al., 2011). En contraposición, la violencia simbólica no ha sido estudiada a profundidad desde una perspectiva psicológica. Sin embargo, Pecho (2017) realizó un estudio con dicha variable en ciudadanos de Lima y Huancayo. En este, se encontró que la concepción de violencia simbólica no es comprendida por la población. Además, se plantea que los estereotipos y roles de género promueven este tipo de violencia. Finalmente, encontró una estrecha relación entre este constructo y los pensamientos patriarcales y el sexismo ambivalente.

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

Con base en la información recopilada hasta el momento, se hace evidente que la violencia contra la mujer es una prioridad de salud pública (Lila, 2010), por lo que resulta necesario potenciar la investigación en el tema (Echeburúa et al., 2009), así como la articulación de medidas penales, sociales y psicológicas para trabajar hacia una solución adecuada (Echeburúa et al., 2001; Echeburúa et al., 2009). De esta forma, es importante generar programas de intervención que respondan a las necesidades de los implicados, así como programas de prevención que permitan una mejor comprensión del fenómeno para actuar de forma más efectiva (Rodríguez-Espartal, 2012).

Así pues, a través de los años, se han planteado diversos programas, usualmente de prevención (Díaz-Aguado y Arias, 2001; Lila, 2010; Pick et al., 2010). De hecho, se plantea que son estos esfuerzos preventivos, mayormente en materia de violencia de pareja, los que llaman la atención sobre la importancia de fortalecer la inteligencia y competencia emocional de los miembros de la pareja para una resolución de conflictos constructiva (Perles et al., 2011). Si bien estudios previos ya han planteado que el ajuste personal y social es determinado por una gestión constructiva de la vida emocional (Fernández-Berrocal y Ruiz-Aranda, 2008; Jiménez y López-Zafra, 2009), más recientemente se ha vinculado el desarrollo emocional saludable con la prevención de problemas como perpetración y victimización de la violencia en el noviazgo (Vagi et al., 2013). Por todo lo anterior, se hace relevante profundizar en la relación entre la violencia contra la mujer y constructos como la inteligencia emocional, que pueden funcionar como un factor protector frente a la misma (Rodríguez-Espartal 2012).

Para ello, en primer lugar, es necesario tomar en cuenta que el concepto de inteligencia ha sido ampliamente estudiado en diversas investigaciones; y, por lo tanto, ha evolucionado a lo largo del tiempo (Chang, 2017). Así, se plantearon diversas teorías, que, si bien iniciaron con una comprensión de la misma como algo único y general, se empieza a considerar la existencia de componentes interrelacionados que la conforman (Shannon, 2013). Alrededor de los años 80, disminuyó el interés por entender la inteligencia como habilidades cognitivas limitadas a lo verbal y lógico-matemático, y empezó a considerarse el procesamiento de la información emocional (Mestre et al., 2008). En este contexto, Howard Gardner propone la teoría de las Inteligencias Múltiples en 1983, en la que incluye: auditiva-musical, kinestésica-corporal, lógico-matemática, visual-espacial, lingüística, interpersonal e intrapersonal (Shannon, 2013). Esta teoría es considerada un importante precedente para la introducción del concepto de inteligencia emocional (IE).

Es pertinente mencionar que la IE fue popularizada en 1995 por Daniel Goleman, en su libro “Inteligencia Emocional”, que aumentó el interés de los medios en estudiarla (Chang,

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

2017; Jimenez, 2018). Años después, Goleman (1998) reformula sus primeras definiciones del constructo, y finalmente conceptualiza la inteligencia emocional como “la capacidad de reconocer nuestros propios sentimientos, los sentimientos de los demás, motivarnos y manejar adecuadamente las relaciones que sostenemos con los demás y con nosotros mismos” (p. 359). Sin embargo, la IE fue introducida por primera vez en 1990, por Salovey y Mayer.

Así, los autores mencionados (1990, 1993) proponen un modelo inicial en el que definen la IE como “un tipo de inteligencia social que incluye la habilidad de supervisar y entender las emociones propias y las de los demás, discriminar entre ellas y usar la información afectiva para guiar el procesamiento y las acciones de uno mismo” (p. 24, como se citó en Pineda, 2012). En un segundo estudio, demuestran de forma empírica que la emoción y cognición trabajan de manera relacionada para llevar a un complejo procesamiento de la información (Mestre et al., 2008). Posteriormente se analizará más a fondo la proposición de estos autores, así como su evolución.

Es evidente que el constructo ha sido definido de maneras muy variadas; no obstante, la categorización conceptual más aceptada plantea la diferenciación entre los modelos mixtos y modelos de habilidades (Jiménez y López-Zafra, 2009; Lopez-Zafra y Rodríguez-Espartal, 2015). Pineda (2012) explica que, en el primer grupo, se incluyen tanto rasgos de comportamiento y personalidad estables, además de otras variables como motivación o felicidad, las cuales no tienen una relación clara con la inteligencia y otros procesos cognitivos. De esta forma, los modelos mixtos incluyen diversas variables, no solo limitadas a los conceptos de inteligencia y emociones, dice la misma autora. Aquí resaltan las propuestas de Goleman y Bar-On.

El primer autor ya fue mencionado previamente; y en el caso de Bar-On (1997), propone que la IE es un conjunto de habilidades y destrezas personales, emocionales y sociales, que influyen en nuestra capacidad para adaptarnos y enfrentar demandas del medio (como se citó en Cabrera, 2011). Este modelo propone cinco componentes principales, que a su vez se descomponen en quince subfactores: inteligencia intrapersonal (autoconciencia emocional, asertividad, autoestima, autorrealización e independencia); inteligencia interpersonal (empatía, relaciones interpersonales y responsabilidad social); adaptación (solución de problemas, prueba de realidad y flexibilidad); manejo del estrés (tolerancia al estrés y control de impulsos); y estado de ánimo general (felicidad y optimismo) (Pineda, 2012).

En el caso del modelo de habilidades, Pineda (2012) plantea que analizan las habilidades mentales que facilitan el uso de la información que brindan las emociones, para de esta manera mejorar el procesamiento cognitivo (como se citó en Chang, 2017). De esta

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

forma, aquí se incluyen modelos que entienden la IE como un conjunto de habilidades, como identificar emociones en la expresión facial o el reconocimiento de significados emocionales (Jiménez y López-Zafra, 2009). En este grupo, el mejor representante es el modelo de Salovey y Mayer.

Como se mencionó, Salovey y Mayer propusieron un primer modelo de la IE en 1990. En este, sugiere Pineda (2012), establecen una relación entre esta y el uso de la información emocional para adaptarnos al medio y resolver conflictos del mismo, considerando tres áreas: evaluación y expresión de emociones, reparación emocional y utilización emocional. La misma autora plantea que este modelo hacía mayor énfasis en la percepción y expresión de emociones, y menos en la capacidad para comprender y reflexionar sobre ellas; razón por la cual se plantea un segundo modelo en donde se atienden estas limitaciones.

Siguiendo esta línea, en su segunda propuesta, Salovey y Mayer (1997) indican que la IE engloba “la habilidad de percibir, valorar y expresar emociones con precisión; la habilidad de acceder y generar sentimientos para facilitar el pensamiento; la habilidad para comprender emociones y conocimiento emocional; la habilidad para regular emociones que promuevan el crecimiento intelectual y emocional” (como se citó en Jiménez y López-Zafra, 2009). De esta forma, se propone que la resolución de problemas y la adaptación eficaz al medio pueden ser logradas por medio de un uso adaptativo de las emociones (Salovey y Mayer, 1997, como se citó en Rodríguez-Espartal, 2012). Así también, estas últimas son consideradas reguladoras y determinantes de la conducta, tanto a nivel intrapersonal e interpersonal (López-Zafra y Rodríguez-Espartal, 2015).

Teniendo esto en consideración, el modelo de IE de Salovey y Mayer (1997) plantea tres dimensiones: percepción de la emoción de forma correcta (que supone la percepción e identificación de las emociones propias y ajenas, así como la capacidad de expresar y valorar los propios sentimientos correctamente ante cualquier necesidad); comprensión de la emoción (analizar diversas emociones, entender su relación y diferencias); y el manejo o regulación de la emoción (supone una apertura a experimentar emociones de diversos tipos, mientras se tiene en cuenta que no hay emociones mejores que otras).

Para la presente investigación, se tomará en cuenta la definición de IE de Salovey y Mayer (1997), puesto que es considerado como uno de los modelos teóricos referentes a la IE con mayor coherencia y rigurosidad, además de contar con evidencia empírica y robustez científica (Chang, 2017). El tema de la IE ha sido plenamente estudiado, por lo que existen diversas líneas de investigación.

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

Una de las principales es el área de la educación, puesto que se identifica en profesionales un incremento en la conciencia de la necesidad de considerar aspectos emocionales en el aula, y no solo conocimientos únicamente académicos (Jiménez y López-Zafra, 2009). Así, por ejemplo, se encuentran investigaciones que hallan relaciones significativas entre la IE y el rendimiento académico en alumnos diversas edades (Buenrostro-Guerrero et al., 2012; Páez y Castaño, 2014). También se ha analizado la importancia de la IE como una habilidad básica de los docentes (Cabello et al., 2010; Palomera et al., 2017).

De la misma forma, también se han encontrado correlaciones positivas entre la IE y el liderazgo. Un estudio colombiano concluye que la IE es un área a reforzar en los líderes para aumentar su efectividad, además de promover el desarrollo de cualidades de compromiso en los mismos (Torres y Matviuk, 2012). A su vez, se realizó un estudio en Venezuela que encontró una relación entre la IE y el liderazgo femenino en organismos públicos (Batista y Bermúdez, 2009).

Específicamente en el contexto peruano, los resultados mencionados respecto a la IE y el rendimiento académico fueron replicados en una universidad nacional (Villacorta, 2010). De igual forma, se realizó una investigación en la que se encontró una correlación entre el constructo en cuestión y el estilo de liderazgo transformacional en gerentes bancarios del país (Bustamante et al., 2010). Por otro lado, también se realizó un estudio en donde se relaciona el constructo con los estilos de afrontamiento en la mujer ejecutiva; sin embargo, no se encontraron relaciones significativas (Castro et al., 2017).

Como se mencionó previamente, y es de interés para la presente investigación, la IE también ha sido relacionada en diversas investigaciones con la violencia contra la mujer en el contexto de una relación de pareja. Una revisión bibliográfica afirma que las habilidades emocionales están relacionadas con la violencia, y que parecen funcionar como herramientas de prevención terciaria; es decir, responden a un fenómeno ya avanzado (Blásquez y Moreno, 2008). Además, un estudio español confirma esta relación en una población de estudiantes universitarios, en donde las mujeres mostraron mayores competencias asociadas al primer constructo (Blásquez et al., 2015).

De la misma forma, se realizó una investigación con presos hombres por violencia de género, en donde se probó efectivo un programa basado en IE (Rodríguez-Espartal, 2012). En dicho programa, los participantes redujeron sus pensamientos distorsionados sobre la mujer y la violencia como una vía de resolución de conflictos; disminuyeron sus tácticas de control y celos; dejaron de justificar la violencia argumentando una defensa a su honor, entre otros resultados importantes que muestran el papel protector de la IE frente a la violencia contra las

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

mujeres En contexto nacional, Borja (2019) realizó un estudio en una población de estudiantes hombres y mujeres de una escuela de oficiales de Lima Metropolitana, en el cual se encontró que mayores puntuaciones en dimensiones de cultura del honor tienen una relación positiva con dimensiones de IE. Los resultados de dicha investigación responderían a una posible legitimación de la violencia como respuesta al incumplimiento de normas sociales establecidas vinculadas con los roles de género tradicionales y que son justificados por los y las participantes en la investigación.

De esta forma, si bien se ha estudiado la relación entre la IE y la violencia contra la mujer de manera general; resulta pertinente profundizar en su relación con la violencia simbólica en donde, como se ha mencionado antes, un grupo dominado acepta y reconoce aquellos principios que lo oprimen (Bourdieu, 1998) y porque no existen investigaciones que hayan abordado el posible vínculo entre ambos constructos. Por ello, el objetivo general de esta investigación es identificar la relación entre la violencia simbólica y la inteligencia emocional en mujeres de Lima Metropolitana y Callao. Siguiendo esta línea, se plantean las siguientes hipótesis:

Hipótesis 1: Mayores puntuaciones en violencia simbólica se relacionarán con menores puntuaciones en inteligencia emocional.

Hipótesis 2: Se espera encontrar diferencias significativas en los constructos de violencia simbólica e inteligencia emocional según las variables sociodemográficas.

Método

Participantes

La muestra estuvo compuesta por 225 mujeres, cuyas edades fluctuaron entre los 18 y 61 años ($M=30.38$, $DE=12.31$). Para conocer a mayor profundidad las características del grupo estudiado, se recogió información diversa sobre las participantes (ver Tabla 1).

Tabla 1

Datos sociodemográficos de las participantes

	Información	Porcentaje
Etapa de desarrollo	Adolescentes	4.4%
	Jóvenes	71.6%
	Adultas medias	24%
Lugar de nacimiento	Lima	84.9%
	Provincia	11.6%
	Extranjero	8%
Orientación sexual	Heterosexual	88.9%
	Bisexual	9.4%
	Homosexual	1.3%
	Otra	0.4%
Estado civil	Soltera	38.2%
	En una relación	35.6%
	Conviviente	2.7%
	Casada	18.7%
	Separada	1.3%
	Divorciada	3.6%
¿Tienes hijos o hijas?	Sí	25.3%
	No	74.7%
¿De qué tipo fue tu relación más significativa?	Enamorados	67.6%
	Convivencia	4.9%
	Novios	4%
	Matrimonio	20.9%
	Relación no formal	2.7%
¿Por qué es fue tu relación más significativa?	Relación más larga	25.8%
	Primera relación sentimental	12.4%
	Convivencia	4.9%
	Es el padre de sus hijos	4%
	Primera pareja sexual	1.8%
	Varias razones/Otras razones	51.1%
¿Es tu relación actual?	Sí	46.2%
	No	53.8%
Grado de instrucción	Secundaria completa	3.6%
	Superior técnico incompleto	1.3%
	Superior técnico completo	6.7%

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

	Superior universitario incompleto	44%
	Superior universitario completo	39.1%
	Posgrado	5.3%
Nivel socioeconómico percibido	Medio bajo	4.9%
	Medio	56.4%
	Medio alto	32%
	Alto	6.7%
Religión	Católicas	72.4%
	Evangélicas	2.2%
	Ateas/Agnósticas	21.8%
	Otra	3.6%

Además de los datos mencionados previamente, es pertinente mencionar que aquellas participantes que no son naturales de Lima, residen aquí hace un promedio de 180.74 meses ($DE=184.19$). Por otro lado, la muestra tenía un promedio de 0.44 hijos ($DE = 0.84$) y una media de 0.25 ($DE = 0.55$) y .19 ($DE = 0.51$) de hijas mujeres e hijos hombres respectivamente. Finalmente, se planteó una pregunta sobre la relación sentimental más significativa de las mujeres encuestadas, y la media de duración fue de 76.57 meses ($DE=101.49$). Se consideró un criterio de significatividad para la relación de 6 meses o más de duración (Belous y Wampler, 2016).

Medición

Escala de violencia simbólica (Pecho, 2017). La escala está compuesta por 40 ítems divididos en tres subescalas: aspectos internalizados (“El rol principal de la mujer es ser madre”), aspectos interpersonales (“Los hombres delicados son poco masculinos y gays”) y aspectos externos (“Las mujeres delgadas y altas son más exitosas”). La opción de respuesta es de tipo Likert con puntuaciones desde el 1 al 4 (1=Totalmente en desacuerdo y 4=Totalmente de acuerdo), en donde una alta puntuación está asociada a una alta aceptación de expresiones de violencia simbólica inter e intragénero. El instrumento fue creado con base en los resultados obtenidos en un estudio cualitativo realizado por la misma autora en el contexto peruano. El instrumento presenta altos niveles de confiabilidad en la escala total ($\alpha =.94$), así como en sus subescalas: aspectos internalizados ($\alpha =.93$), aspectos interpersonales ($\alpha =.89$) y aspectos externos ($\alpha =.79$). Esto se replica en el presente estudio, pues se alcanzaron altos niveles de confiabilidad para la escala total ($\alpha =.94$), y para las subescalas de aspectos internalizados ($\alpha =.92$), aspectos interpersonales ($\alpha =.90$) y aspectos externos ($\alpha =.79$).

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

Trait Meta-Mood Scale 24 (TMMS-24) (Salovey y Mayer, 1995). La presente escala es una versión abreviada del instrumento original (Trait Meta-Mood Scale), de tal forma que mide las mismas tres áreas con la mitad de los ítems propuestos inicialmente. Así, el TMMS-24 está compuesto por 24 ítems divididos en tres dimensiones: atención emocional (“Presto mucha atención a los sentimientos”), claridad emocional (“Frecuentemente puedo definir mis sentimientos”) y reparación emocional (“Aunque a veces me siento triste, suelo tener una visión optimista”). La opción de respuesta es de tipo Likert (1=Nada de acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo). La versión que se utilizará será la adaptación española de la Escala realizada por Fernández-Berrocal et al., (2004), que también ha sido utilizada en investigaciones similares en el contexto nacional. La escala reportó altos niveles de confiabilidad en sus subescalas: percepción de las emociones ($\alpha = .90$), comprensión emocional ($\alpha = .90$) y regulación emocional ($\alpha = .86$). En la presente investigación, también se alcanzaron altos niveles de confiabilidad en las subescalas de percepción emocional ($\alpha = .90$), comprensión emocional ($\alpha = .94$) y regulación emocional ($\alpha = .89$).

Ficha de datos sociodemográficos. Se utilizó una ficha con el objetivo de recopilar datos sociodemográficos como la edad, género, orientación sexual, lugar de nacimiento, estado civil, número y género de hijos, duración y tipo de relación sentimental significativa, grado de instrucción, nivel socioeconómico y religión (Ver Apéndice A).

Procedimiento

La aplicación de los instrumentos se llevó a cabo de manera virtual, por lo que primero se procedió a crear un Formulario Google con las escalas mencionadas previamente, el cual se compartió por medio de redes sociales. De esta forma, los cuestionarios se aplicaron de manera voluntaria luego de leer el consentimiento informado (ver Apéndice B), el cual incluyó los objetivos de la investigación, así como las medidas tomadas para conservar la confidencialidad, el anonimato y la participación voluntaria en el estudio. Finalmente, se ha contemplado la devolución general de los resultados obtenidos en la presente investigación a través de la publicación de la misma.

Análisis de datos

Para el análisis de datos cuantitativos se utilizó el software SPSS Statistics versión 25. Tras la creación de la base de datos, se procedió a realizar los análisis estadísticos. En primer lugar, se calcularon los análisis descriptivos para lograr obtener las características

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

sociodemográficas de las participantes, para luego evaluar la confiabilidad de los instrumentos utilizados. Posteriormente, se realizaron las pruebas de normalidad utilizando el estadístico Kolmogorov-Smirnov para conocer la distribución de los puntajes, lo que arrojó que los datos no seguían una distribución normal. Por ello, se realizó un análisis correlacional utilizando el coeficiente de Spearman para responder a los objetivos del estudio. Finalmente, se procedió a analizar las correlaciones significativas para profundizar en los resultados obtenidos.



Resultados

A continuación, se presentarán los resultados obtenidos en función los constructos utilizados y las hipótesis de trabajo planteadas, las cuales responden al objetivo general de la presente investigación, el cual busca identificar la relación entre la inteligencia emocional y la violencia simbólica en mujeres de Lima Metropolitana y Callao.

Hipótesis 1: Mayores puntuaciones en violencia simbólica se relacionarán con menores puntuaciones en inteligencia emocional.

A partir de los resultados (ver Tabla 2), se evidencia que la primera hipótesis se cumple en parte, pues algunas dimensiones de los constructos propuestos están relacionadas.

Tabla 2

Correlaciones entre inteligencia emocional y violencia simbólica

Medida	Aspectos internalizados	Aspectos interpersonales	Violencia Simbólica Total
Percepción Emocional	-.37**	-.34**	-.33*

Nota: N = 225, $p < .01$ **

Hipótesis 2: Se esperaba encontrara diferencias entre inteligencia emocional y violencia simbólica según las variables sociodemográficas. Para ello, se identificaron las relaciones entre las áreas de las escalas y la edad, orientación sexual, lugar de nacimiento, tiempo de residencia en Lima, estado civil, si tiene hijos, número de hijos e hijas, duración de su relación más significativa, tipo de relación, si es la relación actual, grado de instrucción, nivel socioeconómico percibido y religión (Ver tabla 3).

Tabla 3

Correlaciones entre inteligencia emocional, violencia simbólica y variables sociodemográficas

Medida	Inteligencia emocional			Violencia simbólica		
	Percepción emocional	Comprensión emocional	Aspectos internalizados	Aspectos interpersonales	Aspectos externos	Violencia simbólica total
Edad	-.41**	-	.31**	.24**	-	.26**
Orientación sexual	.13*	-	-.25**	-.17**	-	-.22**
Tiempo de residencia en Lima	-	.335*	-.41*	-	-	-

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

Estado civil	-.31**	-	.26**	.18**	-	.21**
¿Tienes hijos o hijas?	.38**	-	-.35**	-.27**	.15*	-.28**
Número de hijos e hijas	-.38**	-	.34**	.28**	-.14*	.28**
Número de hijas mujeres	-.34**	-	.35**	.29**	-.13*	.29**
Número de hijos hombres	-.26**	-	.22**	.23**	-	.19**
Duración de la relación	-.30**	-	.31**	.30**	-	.28**
Tipo de relación	-.26**	-	.28**	.22**	-.20**	.20**
¿Es su relación actual?	-	-.14*	-.13*	-	-	-
Grado de instrucción	-.21**	-	-	-	-	-
Religión	.14*	-	-.31**	-.16*	.20**	-.19**

Nota: N=225, $p < .05^*$, $p < .01^{**}$

Se encontraron diferencias significativas según diversas variables consideradas en la investigación. En primer lugar, se encontraron diferencias según edad en la subescala de percepción emocional, puesto que las participantes adolescentes evidencian mayores puntajes ($Mdn = 32$, $DE = 5.02$) que las jóvenes ($Mdn = 29$, $DE = 6.45$) y las adultas medias ($Mdn = 21.5$, $DE = 5.47$). Ocurrió lo opuesto en las variables de la escala de violencia simbólica, puesto que las mujeres de mayor edad mostraron mayores puntajes. Así, en la subescala de aspectos internalizados, las adultas medias muestran un puntaje mayor ($Mdn = 38.5$, $DE = 8.98$) que las jóvenes ($Mdn = 29$, $DE = 9.14$) y las adolescentes ($Mdn = 24.5$, $DE = 9.62$). De la misma forma, en la subescala aspectos interpersonales: las adultas medias ($Mdn = 24$, $DE = 7.25$) puntuaron más que las jóvenes ($Mdn = 18$, $DE = 5.53$) y las adolescentes ($Mdn = 18.5$, $DE = 3.93$). Ocurrió lo mismo en el caso de la escala total de violencia simbólica, puesto que las adultas medias ($Mdn = 75$, $DE = 17.67$) alcanzaron un mayor puntaje que las participantes jóvenes ($Mdn = 62$, $DE = 15.424$) y adolescentes ($Mdn = 55$, $DE = 19.36$).

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

Por otro lado, también se encontraron diferencias significativas en las subescalas según la orientación sexual. Así, en el caso de la subescala de percepción emocional, las mujeres bisexuales ($Mdn = 32$, $DE = 5.956$) obtuvieron mayores puntajes que las heterosexuales ($Mdn = 26$, $DE = 6.75$) y homosexuales ($Mdn = 21$, $DE = 5.51$). En el caso de la violencia simbólica, en la subescala de aspectos internalizados, las mujeres homosexuales ($Mdn = 45$, $DE = 5.86$) tuvieron mayores puntajes que las participantes heterosexuales ($Mdn = 33$, $DE = 9.48$) y las bisexuales ($Mdn = 23$, $DE = 5.69$). De igual manera, las mujeres homosexuales ($Mdn = 28$, $DE = 1.53$) obtuvieron mayores puntajes en la subescala de aspectos interpersonales que las mujeres heterosexuales ($Mdn = 19$, $DE = 6.22$) y bisexuales ($Mdn = 16$, $DE = 3.23$). En la escala total de violencia simbólica, se cumplió el mismo patrón, puesto que las mujeres homosexuales ($Mdn = 86$, $DE = 7.77$) puntuaron más alto que las mujeres heterosexuales ($Mdn = 66$, $DE = 16.67$) y bisexuales ($Mdn = 54$, $DE = 10.14$).

Con respecto al tiempo de residencia en Lima, se encontraron diferencias significativas en las subescalas de comprensión emocional y aspectos internalizados. En el primer caso, las mujeres que viven en Lima hace más de 10 años ($Mdn = 31$, $DE = 6.30$) reportaron mayores puntajes que aquellas que residen en la capital hace menos de una década ($Mdn = 24$, $DE = 7.70$). En el caso de la subescala de aspectos internalizados, ocurrió lo inverso: las mujeres con menos tiempo de residencia en Lima obtuvieron mayores puntajes que el otro grupo ($Mdn = 41$, $DE = 10.66$ frente a $Mdn = 32$, $DE = 9.89$).

En relación al estado civil, en la subescala de percepción emocional, las mujeres solteras ($Mdn = 29.5$, $DE = 6.57$) y las que estaban en una relación ($Mdn = 29$, $DE = 6.32$) obtuvieron mayores puntajes que las convivientes ($Mdn = 26.5$, $DE = 6.09$), casadas ($Mdn = 23.5$, $DE = 5.70$), divorciadas ($Mdn = 17.5$, $DE = 4.98$) y separadas ($Mdn = 18$, $DE = 2.08$). En la subescala de aspectos internalizados, las mujeres convivientes ($Mdn = 43$, $DE = 7.969$) reportaron puntajes más altos que las participantes casadas ($Mdn = 40$, $DE = 10.44$), separadas ($Mdn = 38$, $DE = 8.51$), divorciadas ($Mdn = 30.5$, $DE = 5.6$), solteras ($Mdn = 29$, $DE = 8.59$) y aquellas que están en una relación ($Mdn = 28$, $DE = 8.87$). Asimismo, también se encontraron diferencias significativas en la subescala de aspectos interpersonales, puesto que las participantes convivientes ($Mdn = 26.5$, $DE = 7.00$) indicaron mayores puntajes que las casadas ($Mdn = 24.5$, $DE = 7.98$), separadas ($Mdn = 24$, $DE = 4.04$), las solteras ($Mdn = 18$, $DE = 5.27$), divorciadas ($Mdn = 17.5$, $DE = 5.24$) y las que están en una relación ($Mdn = 17$, $DE = 4.80$). En el caso de la violencia simbólica total, las mujeres convivientes ($Mdn = 88.5$, $DE = 17.63$) reportaron puntajes más altos que las casadas ($Mdn = 77.5$, $DE = 20.05$) y

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

separadas ($Mdn = 73, DE = 14.64$), las solteras ($Mdn = 62, DE = 14.82$), divorciadas ($Mdn = 61.5, DE = 12$) y en una relación ($Mdn = 61, DE = 14.74$).

Respecto a si las participantes tenían hijos y/o hijas, se encontraron diferencias significativas en la subescala de percepción emocional y todas las subescalas de violencia simbólica. De esta manera, en el primer caso, las mujeres que no tenían hijos mostraron mayores puntajes de percepción emocional que las que sí tenían hijos ($Mdn = 29, DE = 6.52$ frente a $Mdn = 22, DE = 5.36$). En relación a los puntajes obtenidos en violencia simbólica, las mujeres que sí tenían hijos puntuaron más alto en la subescala de aspectos internalizados que las que no tenían hijos ($Mdn = 39, DE = 8.53$ frente a $Mdn = 28.5, DE = 9.17$). Dicho patrón se repitió en la subescala de aspectos interpersonales ($Mdn = 24, DE = 6.03$ frente a $Mdn = 18, DE = 5.90$) y la escala total de violencia simbólica ($Mdn = 76, DE = 15.2$ frente a $Mdn = 61, DE = 16.45$). Sin embargo, en la escala de aspectos externos las participantes que no tenían hijos reportaron mayores puntajes que las que sí los tenían ($Mdn = 15, DE = 4.47$ frente a $Mdn = 13, DE = 3.56$).

De la misma manera, se encontraron diferencias significativas según el número de hijos de las participantes en la subescala de percepción emocional y todas las subescalas de violencia simbólica. Así, las mujeres que no tenían hijos ni hijas ($Mdn = 29, DE = 6.52$) reportaron mayores puntajes en percepción emocional que aquellas que tenían un hijo ($Mdn = 23, DE = 5.498$), dos ($Mdn = 21, DE = 5.07$), tres ($Mdn = 22, DE = 6.18$) o cuatro ($Mdn = 26$). Respecto a los puntajes de violencia simbólica, las mujeres que tenían un hijo ($Mdn = 40, DE = 9.67$) tuvieron puntajes más altos en la subescala de aspectos internalizados, seguidos de las participantes que tenían tres ($Mdn = 39, DE = 8.30$), dos ($Mdn = 37, DE = 7.41$) o cuatro ($Mdn = 29$), siendo aquellas que no tenían hijos ($Mdn = 28.5, DE = 9.17$) las que tienen un menor puntaje. En la subescala de aspectos interpersonales, nuevamente el grupo de mujeres que no tenían hijos obtuvo los menores puntajes en dicha escala ($Mdn = 18, DE = 5.90$), siendo la que tenía cuatro hijos ($Mdn = 26$) la que alcanzó mayores puntajes, seguida de las mujeres que tenían dos hijos ($Mdn = 25, DE = 6.01$), tres ($Mdn = 24, DE = 4.50$) y uno ($Mdn = 23, DE = 6.61$). El mismo patrón se observó en los puntajes de violencia simbólica total, puesto que las mujeres que no tenían hijos ($Mdn = 61, DE = 16.45$) obtuvieron el puntaje más bajo, seguidas de aquellas participantes con dos hijos ($Mdn = 77.5, DE = 14.44$), tres ($Mdn = 75, DE = 13.46$), uno ($Mdn = 74, DE = 17.05$) y cuatro ($Mdn = 66$). Sin embargo, en la subescala de aspectos externos, no se cumple la misma tendencia, puesto que las mujeres con tres hijos ($Mdn = 16, DE = 2.41$) reportaron puntajes más elevados, seguidos de las mujeres que no tienen hijos (Mdn

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

= 15, $DE = 4.47$), aquellas con dos ($Mdn = 14$, $DE = 4.02$), uno ($Mdn = 12$, $DE = 3.36$) y cuatro hijos ($Mdn = 11$).

Siguiendo esa línea, se encontraron diferencias significativas en percepción emocional y todas las subescalas de violencia simbólica según el número de hijas mujeres que señalan las participantes. Así, la participante con tres hijas mujeres ($Mdn = 32$) es la que alcanzó niveles más altos de percepción emocional; sin embargo, al ser un caso único en la muestra, dicha información no se puede generalizar. Aparte de dicha participante, las mujeres que no tienen hijas ($Mdn = 29$, $DE = 6.61$) reportan mayores niveles de percepción emocional que aquellas con una ($Mdn = 21.5$, $DE = 4.96$) o dos hijas ($Mdn = 22$, $DE = 4.84$). Respecto a las subescalas de violencia simbólica, las mujeres con una ($Mdn = 40$, $DE = 7.88$), dos ($Mdn = 41$, $DE = 8.93$) y tres hijas ($Mdn = 39$) puntuaron más alto en aspectos internalizados que las que no tenían ($Mdn = 29$, $DE = 9.31$). En la subescala de aspectos interpersonales, se observa el mismo patrón, puesto que aquellas participantes con una ($Mdn = 26$, $DE = 6.42$), dos ($Mdn = 25$, $DE = 5.22$) o tres hijas ($Mdn = 20$) evidenciaron niveles más altos que las que no tenían hijas ($Mdn = 18$, $DE = 5.824$). De igual manera, en el caso de los puntajes de violencia simbólica total, fueron mayores en las que tenían una ($Mdn = 77.5$, $DE = 14.68$), dos ($Mdn = 81$, $DE = 15.15$) o tres hijas ($Mdn = 75$), frente a lo que no tenía hijas ($Mdn = 61$, $DE = 16.50$). Como ocurrió en el caso previo, esta tendencia no se cumplió en la subescala de aspectos externos, dado que la participante que tenía tres hijas ($Mdn = 16$) alcanzó el puntaje más alto, seguido de las mujeres que no tenían ninguna ($Mdn = 15$, $DE = 4.51$), las que tenían dos hijas ($Mdn = 14$, $DE = 2.70$) aquellas con una hija ($Mdn = 13$, $DE = 3.34$).

En relación al número de hijos hombres, se encontraron diferencias significativas en la subescala de percepción emocional y algunas subescalas de violencia simbólica. Así, en primer lugar, se encontró que las mujeres que no tienen ningún hijo hombre ($Mdn = 28$, $DE = 6.66$) reportan mayores niveles de percepción emocional que aquellas con un hijo ($Mdn = 22$, $DE = 6.18$), dos ($Mdn = 20$, $DE = 4.07$) o tres ($Mdn = 26$). En el caso de la subescala de aspectos internalizados, las mujeres con un hijo hombre ($Mdn = 40.5$, $DE = 7.85$) indican un mayor puntaje que las que tienen dos ($Mdn = 32$, $DE = 8.63$), tres ($Mdn = 29$) o ninguno ($Mdn = 30$, $DE = 9.56$). El mismo patrón se repitió en la subescala de aspectos interpersonales, puesto que las participantes con un hijo hombre ($Mdn = 27$, $DE = 5.49$) indica un mayor puntaje que las que tienen dos ($Mdn = 19$, $DE = 3.47$), tres ($Mdn = 26$) o ninguno ($Mdn = 18$, $DE = 6.06$). Los puntajes reportados para violencia simbólica total también fueron mayores en las participantes con un hijo ($Mdn = 80$, $DE = 14.33$), seguidas de las que tienen tres ($Mdn = 66$)

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

y dos hijos ($Mdn = 65, DE = 12.88$); y las que no tenían hijos indicaron puntajes más bajos ($Mdn = 63, DE = 16.65$).

Por otro lado, se encontraron diferencias en la subescala de percepción emocional y algunas de violencia simbólica según la duración de la relación de pareja señalada por las participantes del estudio. De esta forma, las mujeres con menos tiempo en una relación, en los primeros 10 años, ($Mdn = 28, DE = 6.66$) mostraron mayores puntajes de percepción emocional que aquellas con una relación de hasta 20 años ($Mdn = 25, DE = 5.48$), hasta 30 ($Mdn = 22.5, DE = 4.97$) y 40 ($Mdn = 18.5, DE = 2.87$), así como las de una relación mayor a 40 años ($Mdn = 19.5, DE = 6.364$). Pasando a las subescalas de violencia simbólica, aquellas con una relación de hasta 20 años ($Mdn = 40.5, DE = 8.51$) puntúan más alto en aspectos internalizados que las mujeres que señalaron una relación de hasta 30 ($Mdn = 38, DE = 6.70$) y 40 años ($Mdn = 39.5, DE = 2.45$) o más ($Mdn = 36.5, DE = 10.61$), de la misma forma que las que indicaron una relación de máximo 10 años de duración ($Mdn = 29, DE = 9.49$). Además, en la subescala aspectos interpersonales, las mujeres con una relación de hasta 20 ($Mdn = 26.5, DE = 5.03$) y hasta 40 años ($Mdn = 26.5, DE = 2.08$) evidenciaron puntuaciones más altas que aquellas con una relación de hasta 30 ($Mdn = 24.5, DE = 6.75$) y más de 40 años ($Mdn = 24.5, DE = 4.95$), así como las que señalaron una relación de hasta 10 años ($Mdn = 18, DE = 5.98$). Respecto a los niveles de violencia simbólica total, se repitió el mismo patrón: las mujeres con una relación de hasta 20 ($Mdn = 80.5, DE = 12.64$) y hasta 40 años ($Mdn = 79.5, DE = 4.55$) evidenciaron puntuaciones más altas que las que indicaron una relación de hasta 30 ($Mdn = 74.5, DE = 14.59$), más de 40 ($Mdn = 74, DE = 16.97$) y con una relación en los primeros 10 años ($Mdn = 61, DE = 16.78$).

Adicionalmente, también se encontraron diferencias según el tipo de relación que sostenían las participantes. Por ejemplo, aquellas que convivían con su pareja ($Mdn = 31, DE = 5.62$) mostraron mayores niveles de percepción emocional, seguidas de las que señalaron una relación no formal ($Mdn = 29.5, DE = 5.04$), de enamorados ($Mdn = 29, DE = 6.58$) y novios ($Mdn = 26, DE = 6.44$); siendo las mujeres casadas ($Mdn = 22, DE = 5.04$) las que puntuaron más bajo en esta subescala. En relación a las subescalas de violencia simbólica, las participantes que conviven ($Mdn = 41, DE = 6.70$) con su pareja fueron nuevamente la de puntajes más altos, esta vez en la subescala de aspectos internalizados. Así, superaron a las mujeres en una relación no formal ($Mdn = 32, DE = 5.31$), las casadas ($Mdn = 38, DE = 10.02$) y aquellas con novios ($Mdn = 28, DE = 8.02$) y enamorados ($Mdn = 28, DE = 9.13$). Asimismo, en la subescala de aspectos interpersonales, las que puntuaron más alto fueron nuevamente las que señalaron una relación de convivencia ($Mdn = 27, DE = 5.78$), seguidas de las participantes

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

casadas ($Mdn = 24$, $DE = 7.85$), aquellas en una relación no formal ($Mdn = 18.5$, $DE = 4.93$) y las que indicaron una relación de enamorados ($Mdn = 18$, $DE = 5.20$) o novio ($Mdn = 16$, $DE = 5.72$). En la subescala de aspectos externos, las que alcanzaron puntajes más elevados fueron las que señalaron que sostenían una relación de enamorados ($Mdn = 15$, $DE = 4.35$) y convivientes ($Mdn = 15$, $DE = 3.27$) con su pareja, seguidas de las mujeres casadas ($Mdn = 13$, $DE = 4.44$), las que señalaron una relación no formal ($Mdn = 13$, $DE = 3.35$) y finalmente de novios ($Mdn = 11$, $DE = 2.71$). En el caso de los puntajes de violencia simbólica total, fueron más altos en las mujeres que convivían con su pareja ($Mdn = 82$, $DE = 13.51$), seguidos de las casadas ($Mdn = 75$, $DE = 19.70$), las que señalaron una relación de enamorados ($Mdn = 61.5$, $DE = 15.29$), no formal ($Mdn = 60$, $DE = 11.38$) y de novios ($Mdn = 57$, $DE = 15.27$).

Como se mencionó, se consultó a las participantes si la relación a la que hicieron referencia era la actual. Se encontraron diferencias significativas según sus respuestas en las subescalas de comprensión emocional y aspectos internalizados. En la primera, las mujeres que sí señalaron a su actual relación tuvieron mayores puntajes que las que no ($Mdn = 27.5$, $DE = 6.91$ frente a $Mdn = 26$, $DE = 7.58$). Dicho patrón se repitió en el caso de la subescala de aspectos internalizados ($Mdn = 35.5$, $DE = 10.04$ frente a $Mdn = 29$, $DE = 9.02$).

Según las diferencias encontradas acorde al grado de instrucción de las mujeres encuestadas, aquellas con secundaria completa ($Mdn = 31.5$, $DE = 5.22$) y superior universitaria incompleta ($Mdn = 22$, $DE = 2.89$) tuvieron mayores puntajes de percepción emocional que las que tenían superior técnica completa ($Mdn = 24$, $DE = 5.51$) e incompleta ($Mdn = 22$, $DE = 2.89$), superior universitaria completa ($Mdn = 25.5$, $DE = 6.42$) y posgrado ($Mdn = 21$, $DE = 6.38$).

Finalmente, se encontraron diferencias significativas en la subescala de percepción emocional y todas las subescalas de violencia simbólica según la religión de las participantes. En el primer caso indicado, aquellas mujeres que profesaban una relación distinta a las indicadas ($Mdn = 31$, $DE = 6.94$) y las ateas/agnósticas ($Mdn = 30$, $DE = 6.7$) tenían mayores niveles de percepción emocional que las católicas ($Mdn = 26$, $DE = 6.64$) y evangélicas ($Mdn = 26$, $DE = 8.39$). Por otro lado, en el caso de las subescalas de violencia simbólica, las encuestadas evangélicas ($Mdn = 41$, $DE = 9.80$) tuvieron mayores puntuaciones en la subescala de aspectos internalizados que las católicas ($Mdn = 35$, $DE = 9.40$), las que profesaban otra religión ($Mdn = 34.5$, $DE = 8.57$) y las ateas/agnósticas ($Mdn = 25$, $DE = 7.48$). Asimismo, ocurrió de manera similar en la subescala de aspectos interpersonales, puesto que nuevamente las mujeres evangélicas ($Mdn = 24$, $DE = 4.06$) fueron las de mayor puntaje, frente a las que señalaron otra religión ($Mdn = 19.5$, $DE = 5.24$), las católicas ($Mdn = 19$, $DE = 6.527$) y las

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

ateas/agnósticas ($Mdn = 17, DE = 3.99$). En el caso de la subescala de aspectos externos, esta vez fueron las que profesaban otra religión ($Mdn = 17, DE = 4.4$) las que reportaron puntajes más elevados, seguidas de las ateas/agnósticas ($Mdn = 16, DE = 4.748$), católicas ($Mdn = 14, DE = 4.14$) y evangélicas ($Mdn = 14, DE = 2.28$). Para los puntajes de violencia simbólica total, las mujeres evangélicas tuvieron los más altos ($Mdn = 79, DE = 13.37$), seguidos de las mujeres que profesaban otra religión ($Mdn = 74, DE = 15.02$), las católicas ($Mdn = 68, DE = 17.21$) y las ateas/agnósticas fueron las de menores puntuaciones ($Mdn = 58, DE = 12.83$).



Discusión

En primer lugar, se responderá al objetivo principal de la investigación, por lo que se discutirá la relación entre la inteligencia emocional y la violencia simbólica según la revisión teórica y los resultados obtenidos en el presente estudio, el cual fue realizado en una muestra de mujeres con edades entre los 18 y 61 que residían en Lima Metropolitana y Callao. Luego, se revisarán las correlaciones encontradas entre los constructos y los datos sociodemográficos propuestos para identificar diferencias. Finalmente, se indicarán las limitaciones del estudio y las sugerencias para las futuras investigaciones referentes a los constructos estudiados.

Se ha encontrado una relación inversa entre la subescala de percepción emocional y las subescalas de aspectos internalizados y aspectos interpersonales, así como la escala total de violencia simbólica. Para comentar al respecto, resulta pertinente mencionar a qué hacen referencia dichas subescalas. Así, Pecho (2017) plantea que los aspectos internalizados suponen aquellas características y obligaciones socialmente asignadas a hombres y mujeres, las cuales son normalizadas y posteriormente consideradas innatas. La misma autora indica también que los aspectos interpersonales engloban las conductas que usualmente son exhibidas para evitar el cuestionamiento de la masculinidad y/o feminidad. Así, en la muestra encuestada se encontró que, a mayor percepción emocional, y por tanto una adecuada identificación de las emociones propias y ajenas, existirían menores niveles de las subescalas de violencia simbólica mencionadas. Ello puede guardar relación con lo estipulado por López-Zafra y colaboradores (2008), pues plantean que aquellas mujeres con altos puntajes en percepción emocional buscarán relaciones más equitativas; y, por ende, no se otorgaría la misma importancia a las desigualdades usualmente normalizadas en nuestra sociedad.

De esta manera, pese a que la organización patriarcal de la sociedad parece una dinámica inmutable, se pueden distinguir cambios a nivel micro en forma de “negociaciones patriarcales”, en las cuales usualmente las mujeres están en búsqueda de un mayor sentido de autonomía dentro de una unidad familiar (Bastos, 1999; Kandiyoti, 1988). Así, se plantea que las mujeres, de manera consciente o inconsciente, desarrollan una serie de estrategias que les permitan alcanzar interacciones más equitativas en el marco de una relación de pareja, de tal manera que puedan optar por la priorización de objetivos propios (Chacón-Onneto y Tapia-Ladino, 2017; Tapia, 2010). Por ejemplo, en un estudio llevado a cabo con mujeres que tomaron la decisión de no ser madres (Chacón-Onneto y Tapia-Ladino, 2017), las participantes otorgaban un valor significativo a su autonomía, que era identificada como un aspecto central de su identidad. Reportaron haber distinguido diferentes expectativas sociales en cuanto al

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

género, por lo que se plantearon alcanzar relaciones de pareja más igualitarias, en donde la decisión de no tener hijos, los estudios universitarios, el trabajo y la administración independiente de sus recursos contribuyen a ese objetivo. Por otro lado, en un estudio con parejas casadas, se encontró que las diferencias socialmente construidas en relación al género de los participantes terminaban por obstaculizar una mayor equidad en su relación, lo que impactó de manera negativa su nivel de satisfacción marital, especialmente en el caso de las mujeres (Hernández-Martínez et al., 2011). En ese sentido, la búsqueda de una relación más igualitaria tendría también un efecto positivo en la relación de pareja, alcanzando un mayor nivel de satisfacción.

Por otro lado, se encontraron diferencias en los constructos elegidos para el estudio según los datos sociodemográficos. En primera instancia, se hallaron diferencias significativas en la inteligencia emocional según edad, donde las participantes adolescentes puntuaron más alto en percepción emocional, a comparación de las jóvenes y adultas medias. Ello no coincide con investigaciones previas, en donde se suele hallar una tendencia a que la inteligencia emocional aumente con la edad, puesto a que resulta, en parte, del aprendizaje y experiencia que se alcanza a través del tiempo (Mayer et al., 2001, 2003; Van Rooy y Viswesvaran, 2007). Sin embargo, otros estudios realizados con universitarios encontraban que la inteligencia emocional se mantenía durante el tiempo sin diferencias significativas (Fernández-Berrocal et al., 2004; Gohm y Clore, 2002). En ese sentido, se hipotetiza más bien que la inteligencia emocional se desarrolla fundamentalmente durante la infancia y se estabiliza en la adultez temprana (Gohm y Clore, 2002). Por otro lado, se encontró lo inverso en relación a la violencia simbólica, pues las adultas medias alcanzaron mayores puntajes que las jóvenes y adolescentes en las subescalas de aspectos internalizados, interpersonales y la escala total. Ello se encuentra en línea con el estudio realizado por Pecho (2017), en el que se planteó que las personas mayores podrían tener una visión menos crítica respecto a la naturalización de la violencia, producto de lo aprendido en una estructura patriarcal. Otra investigación (Expósito, 2011) también indica que puede ocurrir lo mismo en el marco de una relación de pareja.

Además, se hallaron diferencias según la orientación sexual de las participantes. Así, las mujeres bisexuales mostraron puntajes más altos de percepción emocional. Además, las participantes homosexuales evidenciaron mayores niveles de violencia simbólica en las subescalas de aspectos internalizados, interpersonales y en la escala total. Respecto a la información sobre la inteligencia emocional, es necesario tomar en cuenta que la comunidad bisexual no ha sido estudiada con la misma frecuencia que otras poblaciones diversas; ellas más bien se encuentran prácticamente ignoradas, situándose en un continuo invisibilizado entre

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

dos extremos: homosexualidad y heterosexualidad absoluta (Esteban y Toro-Alfonso, 2016; Esteban y Vásquez-Rivera, 2014). Por ello, al no adecuarse a ninguna de estas categorías, las personas bisexuales pasan por una serie de experiencias negativas, entre ellas: el mito que entiende la bisexualidad como una etapa de transición de la heterosexualidad a la homosexualidad (APPR, 2008; Esteban, 2014; Mohr et al., 2009; Mohr et al., 2001); la idea de que los individuos deben adquirir una identidad sexual única que conlleva a un comportamiento sexual hacia un sexo definido (Elia, 2010); la demanda social de establecer una relación monógama que prácticamente las obliga a “elegir” un solo sexo (Vásquez-Rivera, 2014). Ahora bien, se sabe también que los altos niveles de percepción emocional también han sido relacionados con desajuste emocional, puesto que el vigilar de manera constante los propios estados de ánimo no resulta productivo si uno no tiene la capacidad de identificar sus causas y consecuencias (Fernández-Berrocal y Extremera, 2005; Thayer et al., 2003). De esta forma, se desarrolla un estilo de pensamiento rumiativo, el cual promueve otorgar gran importancia a sentimientos y pensamientos negativos de forma repetitiva (Fernández-Berrocal, et al., 2001). Por ello, en este caso, el alcanzar puntajes altos en percepción emocional puede ser poco adaptativo, dado que podría indicar más bien que estas mujeres dirigen su atención a dichas experiencias y consecuentes estigmas y estereotipos a los que se enfrentan en su vida cotidiana, lo que puede traer consigo más vivencias negativas. Por otro lado, para una mejor comprensión de lo encontrado respecto a la violencia simbólica, es importante considerar que para las personas homosexuales, el desarrollar una identidad sexual positiva es un reto significativo, dados los estigmas sociales a los que se enfrentan (Perez-Wicht, 2017). Durante este proceso, se puede dar la interiorización de dichos estigmas (Mohr y Kendra, 2011; Thies et al., 2016), lo cual explicaría los altos puntajes en las dimensiones mencionadas, y a su vez trae diversos efectos negativos tanto en su propio desarrollo y bienestar como en el de sus relaciones sociales (Mereish y Poteat, 2015).

Contrario a otros estudios, no se encontraron diferencias en los constructos según el lugar de nacimiento; sin embargo, se hallaron variaciones según el tiempo de residencia en Lima. De esta forma, aquellas mujeres que residen en Lima hasta un máximo de 10 años mostraron menores niveles de comprensión emocional y mayores puntajes de violencia simbólica. Ello coincide con investigaciones realizadas en la sierra central, en donde se indica que la violencia de género es una práctica común dentro del matrimonio cuando las mujeres no cumplen con los roles impuestos, tales como asumir el cuidado de su pareja e hijos o encargarse de las tareas domésticas (Isla, 2014; Parra, 2012). Asimismo, en el estudio realizado por Pecho (2017) se encontró que los y las participantes de Huancayo obtuvieron mayores puntajes que

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

las personas de Lima tanto en pensamientos patriarcales, como en sexismo ambivalente y violencia simbólica. Respecto a los puntajes de inteligencia emocional, en el estudio de Borja (2019) se encontró que a mayor creencia de que el uso de la violencia está permitido para defender el honor, se registran menores puntajes de comprensión emocional. Por ello, si se plantea que las participantes con un mayor tiempo de residencia en provincia muestran una tendencia a naturalizar el uso de la violencia, ello puede explicar los menores niveles de comprensión emocional.

La investigación también encontró diferencias en los constructos según el estado civil de las participantes. De esta forma, las mujeres que se identificaron como solteras mostraron puntajes más altos en percepción emocional, opuesto al estudio de Borja (2019) en donde aquellas personas que estaban en pareja percibían mejor sus emociones. No obstante, las mujeres convivientes y casadas puntuaron más alto en las subescalas de violencia simbólica: aspectos internalizados, interpersonales y la escala total, lo cual coincide con otras investigaciones (Pecho, 2017).

Respecto a lo último, una posible explicación es que las mujeres convivientes tienden a aceptar las exigencias de la sociedad respecto a su rol como mujer (Valencia, 2019), por lo que asumen tareas domésticas mientras el hombre es el “jefe del hogar” (Pecho, 2017). Además, aquellas mujeres que se rigen por creencias y roles de género tradicionales asocian una posible separación con el fracaso de su papel como esposas o madres, por lo que pueden minimizar y hasta negar el posible malestar o características negativas de su relación con tal de llegar al ideal y cumplir con lo socialmente impuesto (Castro, 2004). Las relaciones de pareja son culturalmente construidas como una “unión para toda la vida”, la cual no puede ser rota por la mujer, en tanto su rol es satisfacer las necesidades de un hombre que ejerce control sobre ella; y el terminar la relación equivale a atacar el orden establecido por él (Lorente, 2001). Tomando todo ello en cuenta, se puede hipotetizar que las mujeres convivientes y casadas, que por tanto tienen una relación más tradicional, podrían minimizar o ignorar diversas expresiones de violencia con tal de seguir cumpliendo con el rol socialmente impuesto a ellas.

Asimismo, se hallaron diferencias en la inteligencia emocional y violencia simbólica según si la participante tenía hijos o hijas. De esta forma, se encontró que las mujeres que no tenían hijos contaban con una mayor percepción emocional, y menores niveles de aspectos internalizados e interpersonales de la violencia simbólica, lo que también se reflejó en la escala total. Para entender el origen de lo encontrado, es necesario tomar en cuenta que la maternidad es entendida como una característica esencial de la mujer, una meta a la que hay que llegar, e incluso como aquello que brinda una identidad propia (Valverde y Cubero, 2014; Yago, 2011).

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

Además, trae consigo un número de obligaciones socialmente impuestas según las cuales las mujeres con hijos sienten el deber de dejar de lado sus propias necesidades y demandas para atender las del menor de manera permanente; y en caso de no cumplir esa expectativa, son juzgadas como madres “no suficientemente buenas” (Agudelo et al., 2016; Torres, 2006). De esta forma, se hipotetiza que aquellas participantes sin hijos, al no tener que cumplir con las exigencias sociales previamente mencionadas, se permiten darle una mayor importancia a las emociones y sentimientos propios, en contraposición de las mujeres madres que probablemente prioricen la experiencia de sus hijos e hijas. Respecto al constructo de violencia simbólica, lo encontrado en este estudio coincide con la investigación realizada por Valencia (2019), en la que se halló que las mujeres con hijas o hijos alcanzan puntajes más altos de violencia simbólica. Se sabe que es común que las mujeres madres acepten, enseñen y refuercen a sus hijos e hijas determinadas conductas con el objetivo de demostrar y reafirmar su masculinidad o femineidad (Lopez-Zafra et al., 2019). En ese sentido, se plantea la hipótesis de que la transmisión de este discurso, lo que incluiría lo que socialmente se entiende como masculino o femenino, es producto de una previa internalización de dicha información.

Siguiendo esta línea, también se encontraron diferencias según el número de hijos o hijas, así como si estos eran mujeres u hombres. Similar a lo ya comentado, aquellas participantes con ningún hijo evidenciaban mayores puntajes de percepción emocional que las que tenían uno o hasta cuatro hijos. En relación a los puntajes de violencia simbólica, las mujeres con hijos puntuaron más alto que aquellas sin hijos o hijas en la subescala de aspectos interpersonales, al igual que en la subescala de aspectos internalizados y en la escala total del constructo.

Sin embargo, en la dimensión de aspectos externos no se cumplió el mismo patrón, si bien hay diferencias significativas entre las participantes, no se observa una tendencia clara. Para comprender lo encontrado, es necesario recordar que esta dimensión está conformada por los discursos sobre los hombres y mujeres normalmente transmitidos por la religión, los medios, entre otros (Pecho, 2017). En ese sentido, es importante tomar en consideración que los medios de comunicación son una de las vías más importantes de perpetuación del sistema patriarcal (Galarza et al., 2016), y ayudan a legitimar la dominación de un grupo sobre otro, pues imponen a las mujeres códigos morales, reglas de belleza y formas de éxito propias de un sistema patriarcal (Sentamans, 2012). Además, estos se encargan de mantener diversas creencias referentes a la maternidad mediante comerciales de venta y promocionales, en donde son comunes las frases como “lo más importante para una mujer es ser madre”, “una mujer es más feliz si es madre”, “la vida vale la pena si tienes hijos”, etc. (Mota et al., 2018; Rocha y

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

Díaz, 2005). De esta manera, se puede apreciar el impacto que puede tener la propagación de dichas ideas por medio de medios masivos.

Respecto a si los hijos son mujeres u hombres, se encuentran relaciones similares a las planteada anteriormente. En ambos casos, las mujeres que no tienen hijos, ya sean mujeres u hombres, muestran mayores niveles de percepción emocional, excepto en el caso de la participante con tres hijas, quien obtuvo un mayor puntaje en dicha subescala. Como se mencionó previamente, al ser un único caso, dicha información no alteraría la tendencia encontrada. Por otro lado, en la escala de violencia simbólica, las participantes que tenían una o hasta tres hijas mujeres evidenciaban mayores puntajes que aquellas sin hijas en las subescalas de aspectos internalizados, interpersonales y en la escala total. Así, teniendo en cuenta que las mujeres con hijos e hijas también muestran altos niveles de las mismas dimensiones, es necesario reflexionar sobre una posible transmisión intergeneracional de la violencia y las posibles implicancias que esta tiene.

Siguiendo esta línea, en una investigación realizada con mujeres jóvenes de Lima, las participantes comentan que sus padres y madres les enseñaron un modelo de familia tradicional (fundado en el matrimonio) y mantuvieron un celoso cuidado de su sexualidad, la cual era vinculada con elementos como pureza, feminidad, prestigio y valor (Cieza, 2019). Además, se sabe que las mujeres son socializadas desde su crianza bajo los roles de género impuestos por la sociedad, gracias a los cuales se las coloca en un lugar secundario (Deza, 2012). Así pues, es probable que las participantes hayan estado expuestas a diversos estereotipos de género desde edades tempranas, por lo que dicha información puede ser internalizada por ellas; y posteriormente transmitida en un futuro en caso de ser madres. Ello a su vez tiene una serie de consecuencias; por ejemplo, se han realizado estudios sobre la posible transmisión intergeneracional de la violencia doméstica, encontrándose que el haber experimentado violencia en el hogar materno durante la niñez y adolescencia es un determinante significativo de la violencia marital (Mora, 2013). Por otro lado, de manera similar a lo estudiado previamente, dicho patrón no se cumplió en la subescala de aspectos externos.

En el caso de tener hijos hombres, aquellas mujeres con solo un hijo evidenciaban puntajes más elevados en las subescalas de aspectos internalizados, interpersonales y en la escala total de violencia simbólica. De esta manera, se plantea que dichas participantes internalizaron y transmiten a su hijo determinados estereotipos de género que probablemente se adecúan al modelo de la “masculinidad hegemónica”, según la cual, para ser considerado un hombre, este debe cumplir con una serie de características: mostrarse activo y fuerte, no expresar emociones, ser jefe del hogar, proveedor, dominante, heterosexual, etc. (Connell,

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

1997; Olavarría, 2001; Olavarría y Valdés, 1998). Así, desde edades muy tempranas, los niños son parte de un proceso de socialización que facilita la interiorización de formas de ser y comportarse como parte de un colectivo que se posiciona como superior y con autoridad sobre las mujeres (Aguayo y Kimelman, 2016; Ramos, 2012).

Por otro lado, también se encontraron diferencias en las dimensiones de inteligencia emocional y violencia simbólica según el tiempo de duración que las participantes tenían en una relación. Aquellas que se encontraban en una relación de pareja un mínimo de 6 meses hasta 10 años evidenciaban mayores puntajes de percepción emocional. En contraste, dicho grupo obtuvo puntajes más bajos en las dimensiones de aspectos internalizados, interpersonales y en la escala total de violencia simbólica. Ello coincide con lo encontrado por Valencia (2019), puesto que las mujeres en relaciones más largas mostraban una mayor internalización y normalización de los roles de género, puesto que las relaciones de mayor duración tienen características más tradicionales: hijos, matrimonio, etc. Asimismo, si bien no plantea un rango de duración específico para la relación, Borja (2019) indica que las parejas más satisfechas y con una duración mayor a los seis meses presentan altos puntajes en inteligencia emocional, específicamente en percepción emocional.

Pasando al tipo de relación establecida entre las participantes y sus parejas, se encontraron diferencias en los constructos propuestos. Se pudo constatar que las mujeres que conviven con su pareja tenían mayores puntajes en percepción emocional, así como en todas las dimensiones de violencia simbólica. Como se mencionó previamente, las mujeres que conviven con sus parejas suelen aceptar las exigencias impuestas por la sociedad; por ejemplo, asumiendo tareas del hogar.

En relación a si las participantes hacían referencia a su relación actual durante la encuesta, se encontró que las que sí, evidenciaban mayores niveles de comprensión emocional; no obstante, también mayor violencia simbólica, específicamente en la dimensión de aspectos internalizados. En el primer caso, la comprensión emocional, que es vital para entender los estados emocionales propios y ajenos, así como para integrar lo que se siente y piensa, ha sido relacionada con la satisfacción de pareja (Borja, 2019). De tal forma, se hipotetiza que es menos probable que identifiquen la violencia dentro de la relación en la que se encuentran y con la que están satisfechas. Siguiendo esta línea, la agresión simbólica suele provenir de una persona a la que se valora y de la cual se espera amor, por lo que la visibilización de la violencia se hace más complicada (Lascorz, 2002). Por ejemplo, se ha encontrado que las agresiones justificadas por los celos no son percibidas de una manera tan negativa como en los casos donde

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

no se da esta explicación, puesto que los celos son entendidos como un acto de amor (Puente y Cohen, 2003, como se citó en Perles et al., 2011).

Respecto al grado de instrucción, también se encontraron diferencias significativas, puesto que las participantes con secundaria completa mostraron mayores niveles de percepción emocional que aquellas con un grado de estudios mayor. Las participantes con dichos puntajes tienen entre 18 a 22 años de edad, y la mayoría de ellas encaja en la categoría de adolescentes, quienes fueron el grupo con mayores puntajes de percepción emocional de la muestra.

También se encontraron diferencias significativas en los constructos según la religión que profesaban las participantes. Así, aquellas que se identificaban como ateas o agnósticas o profesas de otra religión a las planteadas puntuaron más en percepción emocional y en relación a la violencia simbólica, alcanzaron mayores puntajes en la dimensión de aspectos externos. En el caso de las encuestadas que se identificaron como evangélicas, mostraron mayores puntajes de violencia simbólica en las dimensiones de aspectos internalizados, interpersonales y la escala total, similar a otra investigación (Pecho, 2017). Ello guarda relación con los esquemas propuestos por la religión, que indican un modelo ideal a ser seguido por las mujeres, quienes usualmente se ubican en el hogar (Bourdieu, 2000). Además, se sabe que “la participación activa en ciertas religiones puede reforzar ideologías sexistas que legitiman la desigualdad de sexos” (Parra del Pino, 2017, pp. 17).

A manera de conclusión, se comprueba parcialmente el objetivo principal del estudio, puesto que se encuentra relación entre algunas de las subescalas de los constructos de inteligencia emocional y violencia simbólica. De la misma forma, la segunda hipótesis propuesta se cumple en parte, pues se identificaron algunas correlaciones entre las dimensiones de los conceptos y las variables sociodemográficas. Cabe resaltar que la investigación realizada contribuye a los estudios de violencia simbólica, puesto que el constructo no ha sido abordado a profundidad desde la psicología. De igual manera, es una primera aproximación a su relación con la inteligencia emocional, algo no explorado en nuestro contexto cercano y a lo que, desde la psicología se debe aportar en su lucha contra la violencia hacia las mujeres.

Por otro lado, resulta importante considerar que el presente estudio cuenta con limitaciones. En primer lugar, se reconoce que, al ser compartida por redes sociales, la muestra recogida no refleja mayor diversidad de niveles socioeconómicos, puesto que para tener acceso a internet se debe contar con mayores ingresos. Asimismo, el término “relación de pareja” fue interpretado según el criterio de cada participante, lo que podría afectar la manera en que las encuestadas respondieron la encuesta.

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

Finalmente, como recomendación para futuras investigaciones, se propone hacer una aproximación cualitativa al tema, para lograr recopilar información más detallada que permita sustentar o cuestionar lo encontrado actualmente. Además, sería importante aumentar la muestra y llegar a niveles socioeconómicos menos elevados para lograr reflejar a una mayor parte de la población. De la misma forma, en próximos estudios puede resultar provechoso tomar en cuenta las condiciones en las que las mujeres viven la maternidad (si esta fue deseada o no, cómo afecta su plan de vida, etc.), así como reflexionar más a fondo en la posible transmisión intergeneracional de la violencia. Por otro lado, se considera relevante el planteamiento de programas dirigidos a la prevención de la violencia de género basados en la inteligencia emocional.





Referencias

- Acosta, L. (2014). *Violencia simbólica: Una estimación crítico-feminista del pensamiento de Pierre Bourdieu* [tesis de doctorado, Universidad de la Laguna]. Repositorio Institucional de la Universidad de La Laguna. <http://riull.ull.es/xmlui/handle/915/81>
- Aguayo, F. y Kimelman, E. (2016). *Programa P Bolivia: Un manual para la paternidad activa. Padres y madres por una crianza positiva, compartida y sin violencia*. Banco Interamericano de Desarrollo.
- Agudelo, J., Bedoya, J. y Osorio, D. (2016). Ser mujer: entre la maternidad y la identidad. *Revista Poiésis*, 31, 306-313. <https://doi.org/10.21501/16920945.2121>
- Alonso, K. (2015). Violencia de género: pandemia de la sociedad. *Revista Estudios del Desarrollo Social: Cuba y América Latina*, 3(2), 87-98. <http://www.revflacso.uh.cu/index.php/EDS/article/view/83>
- Armour, I. (2009). Prólogo. En: R. Cook y S. Cusack. (2009). *Estereotipos de género: Perspectivas legales transnacionales*. University of Pennsylvania Press.
- Asakura, H. (2004). ¿Ya superamos el "género"? Orden simbólico e identidad femenina. *Estudios sociológicos*, 22(66), 719-743. <http://www.jstor.org/stable/40420850>
- Bar-On, R. (1997). *BarOn emotional quotient inventory*. Multi-Health Systems
- Bastos, S. (1999). ¿Un “patrón de dominación patriarcal” único e inmutable?” En M. González de la Rocha (Ed.). *Divergencias del modelo tradicional: Hogares de jefatura femenina en América Latina* (págs. 38-75). Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Batista de Abreu, J. y Bermúdez, M. (2009). Inteligencia emocional y liderazgo femenino en cargos de dirección en organismos públicos. *Revista electrónica de Humanidades, Educación y Comunicación Social*, 4(7), 45-65.
- Blanco, J. (2009). Rostros visibles de la violencia invisible: violencia simbólica que sostiene el patriarcado. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 14 (32), 63-70.
- Blázquez, M., Moreno, J. y García-Baamonde, M. (2015). Maltrato psicológico en las relaciones de pareja. La inteligencia emocional como factor protector y diferencias de género. *Boletín de psicología*, 113, 29-47.
- Blázquez, M. y Moreno, J. (2008). Analysis of emotional intelligence in gender violence. *Electronic Journal of Research in Educational Psychology*, 6(15), 475-500. <http://dx.doi.org/10.25115/ejrep.v6i15.1281>

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

- Borja, J. (2019). Cultura del honor, inteligencia emocional y satisfacción de pareja en estudiantes de una escuela de oficiales de Lima Metropolitana [tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/14243>
- Bosak, J., Eagly, A., Diekmann, A. y Sczesny, S. (2018). Women and Men of the Past, Present, and Future: Evidence of Dynamic Gender Stereotypes in Ghana. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 49(1), 115-129.
<https://doi.org/10.1177/0022022117738750>
- Bourdieu, P. (1991). *Language and Symbolic Power*. Harvard University Press.
- Bourdieu, P. (1998). *La Domination Masculine*. Éditions du Seuil.
- Bourdieu, P. (2000). *La Dominación Masculina*. Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). *La Dominación Masculina*. Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (2012). *Intelectuales, política y poder*. Eudeba.
- Browne, A. (1989). *When the battered women kill*. Free press.
- Buenrostro-Guerrero, A., Valadez-Sierra, M., Soltero-Avelar, R., Nava-Bustos, G., Zambrano-Guzmán, R. y García-García, A. (2012). Inteligencia emocional y rendimiento académico en adolescentes. *Revista de Educación y Desarrollo*, 20 (1), 29-37.
- Bustamante, S., Kawakami, R., y Reátegui, S. (2010). Inteligencia emocional y liderazgo en los gerentes bancarios del Perú [tesis de maestría, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP.
<http://hdl.handle.net/20.500.12404/1675>
- Cabello, R., Ruiz, D. y Fernández-Berrocal, P. (2010). Docentes emocionalmente inteligentes. *Revista electrónica interuniversitaria de formación del profesorado*, 13(1), 41-49.
- Cabrera, M. (2011). Inteligencia emocional y rendimiento académico de los alumnos del nivel secundario de una institución educativa de la región Callao [tesis de maestría, Universidad San Ignacio de Loyola]. Repositorio institucional de la Universidad San Ignacio de Loyola. <http://repositorio.usil.edu.pe/handle/123456789/1120>
- Calderone, M. (2004). Sobre violencia simbólica en Pierre Bourdieu. *La trama de la comunicación*, 9, 59-65. <https://doi.org/10.35305/lt.v9i0.172>
- Castro, I. (2004). *La pareja actual: Transición y cambios*. Lugar Editorial.
- Castro, N., Gómez, R., Lindo, W. y Vega, M. (2017). Estilos de afrontamiento al estrés e inteligencia emocional en la mujer ejecutiva en Lima Metropolitana [tesis de maestría,

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

- Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/8066>
- Castillo-Mayén, R. y Montes-Berges, B. (2014). Análisis de los estereotipos de género actuales. *Anales de Psicología*, 30(3), 1044-1060.
<https://doi.org/10.6018/analesps.30.3.138981>
- Chacón-Onetto, F. y Tapia-Ladino, M. (2017). No quiero tener hijos (as)... continuidad y cambio en las relaciones de pareja de mujeres profesionales jóvenes. *Polis*. 46 (16). 193-220. <http://journals.openedition.org/polis/12339>
- Chang, M. (2017). Relación entre inteligencia emocional y respuesta al estrés en pacientes ambulatorios del servicio de psicología de una clínica de Lima Metropolitana [tesis de licenciatura, Universidad Peruana Cayetano Heredia]. Red de Repositorios Latinoamericanos. <http://repositorioslatinoamericanos.uchile.cl/handle/2250/2501339>
- Chaves, A. (2012). Masculinidad y feminidad: ¿De qué estamos hablando? *Revista Electrónica Educare*, 16, 5-13. <https://doi.org/10.15359/ree.16-Esp.1>
- Cieza, K. (2019). Representaciones sociales de la maternidad de mujeres jóvenes de Lima. *Anthropologica*, 37(43), 39-60. <http://dx.doi.org/10.18800/anthropologica.201902.002>
- CNN Español (30 de diciembre del 2019). *Perú alcanza cifra récord en feminicidios en una década: estos son los índices de feminicidios en América Latina en 2019*.
<https://cnnespanol.cnn.com/2019/12/30/peru-alcanza-cifra-record-en-femicidios-en-una-decada-estos-son-los-indices-de-femicidios-en-america-latina-en-2019/>
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (25 de noviembre del 2020). *Femicidio*. <https://oig.cepal.org/es/indicadores/femicidio>
- Connell, R. (1997). La Organización Social de la Masculinidad. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds). *Masculinidad/es. Poder y Crisis* (págs. 31-48). Isis Internacional.
- Consejo Nacional para la Igualdad de Género (2016). *Lineamientos generales para la respuesta al acoso sexual y otras formas de violencia basada en género en las instituciones de educación superior en el Ecuador*. Universidad Central del Ecuador.
- De Alencar-Rodrigues, R. y Cantera, L. (2012). Violencia de género en la pareja: Una revisión teórica. *Psico*, 43(1), 116-126.
- De la Cruz, Y. (2017). Liderazgo y roles de género en estudiantes de carreras vinculadas a recursos humanos [tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP.
<http://hdl.handle.net/20.500.12404/9114>

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

- Defensoría del Pueblo (2019). Segundo Reporte del Plan Nacional contra la Violencia de Género 2016-2021. Avances en su implementación a nivel regional y provincial. *Adjuntía para los Derechos de la Mujer de la Defensoría del Pueblo*.
<https://www.defensoria.gob.pe/deunavezportodas/wp-content/uploads/2019/09/Segundo-Reporte-PNCVG.-Avances-Regionales-y-Provinciales.pdf>
- Defensoría del Pueblo (31 de diciembre del 2020). *Defensoría del Pueblo: Se registraron 132 feminicidios en el 2020*. <https://www.gob.pe/institucion/defensoria-del-pueblo/noticias/322749-defensoria-del-pueblo-se-registraron-132-feminicidios-en-el-2020>
- Delgado-Álvarez, M., Sánchez, M. y Fernández-Dávila, P. (2012). Atributos y estereotipos de género asociados al ciclo de la violencia contra la mujer. *Universitas Psychologica*, 11(3), 778-778. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.upsy11-3.aega>
- Delgado, G., Novoa, R. y Bustos, O. (1998). *Ni tan fuertes ni tan frágiles. Resultados de un estudio sobre estereotipos y sexismo en mensajes publicitarios de televisión y educación a distancia*. UNICEF – Programa Nacional de la Mujer.
- Díaz-Aguado, M. y Arias, R. (2001). *La construcción de la igualdad y la prevención de la violencia contra la mujer desde la educación secundaria*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales – Instituto de la Mujer.
- Eagly, A. (1987). *Sex differences in social behavior: A social-role interpretation*. Erlbaum Associates.
- Echeburúa, E., Fernández-Montalvo, J. y De la Cuesta, J. (2001). Articulación de medidas penales y psicológicas en el tratamiento de los hombres violentos en el hogar. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 1(2), 19-31.
<https://hdl.handle.net/2454/28063>
- Echeburúa, E., Sarasúa, B., Zubizarreta, I. y Corral, P. (2009). Evaluación de la eficacia de un tratamiento cognitivo-conductual para hombres violentos contra la pareja en un marco comunitario: una experiencia de 10 años (1997-2007). *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 9 (2), 199-217.
- Elia, J.P. (2010). Bisexuality and school culture: School as a prime site for bi-intervention. *Journal of Bisexuality*, 10(4), 452-471.
<https://doi.org/10.1080/15299716.2010.521060>
- Esteban, C. (2014). La “B” que se queda en el closet: Mitos, desafíos y la “salida del closet” de las personas bisexuales. *Boletín Diversidad*, 5(1), 7-9.

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

- Esteban, C. y Vázquez-Rivera, M. (2014). La “B” que no se ve: Invisibilización desde los diagnósticos y desafíos para la divulgación de la orientación sexual de hombres y mujeres bisexuales. *Ciencias de la Conducta*, 29(1), 41-62.
- Esteban, C. y Toro-Alfonso, J. (2016). ¿Es niño o niña? ¿Intersexual?: Introducción, problematización y recomendaciones para la psicología. *Eureka*, 13 (1), 108-122.
- Expósito, F. (2011). Violencia de género. *Mente y cerebro*, 48(1), 20-25.
- Fernández-Berrocal, P., Extremera, N. y Ramos, N. (2004). Validity and reliability of the Spanish modified version of the trait meta-mood scale. *Psychological Reports*, 94(3), 751-755. <https://doi.org/10.2466/pr0.94.3.751-755>
- Fernández-Berrocal, P. y Extremera, N. (2005). Inteligencia emocional percibida y diferencias individuales en el meta-conocimiento de los estados emocionales: Una revisión de los estudios con el TMMS. *Ansiedad y Estrés*, 11(2), 101-122.
- Fernández-Berrocal, P. y Ruiz-Aranda, D. (2008). La inteligencia emocional en la educación. *Revista Electrónica de Investigación Psicoeducativa*, 6(2), 421-436. <http://dx.doi.org/10.25115/ejrep.v6i15.1289>
- Fries, L. y Hurtado, V. (2010). *Estudio de la información sobre la violencia contra la mujer en América Latina y el Caribe*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Galarza, E., Cobo, R., y Esquembre, M. (2016). Medios y Violencia Simbólica contra las mujeres. *Revista Latina de Comunicación Social*, 71, 818-832. <http://dx.doi.org/10.4185/RLCS-2016-1122>
- Gohm, C.L. y Clore, G.L. (2002). Affect as information: an individual differences approach. En L.F. Barrett y P. Salovey (Eds.) *The wisdom in feeling: psychological processes in emotional intelligence* (págs. 89-113). Guilford.
- Galtung, J. (1969). Violence, peace and peace research. *Journal of Peace Research*, 6(3), 109-174. <https://doi.org/10.1177/002234336900600301>
- Galtung, J. (1996). *Peace by peaceful means. Peace and conflict, development and civilization*. Sage.
- García-Retamero, R., Müller, S. y López-Zafra, E. (2011). The Malleability of Gender Stereotypes: Influence of Population Size on Perceptions of Men and Women in the Past, Present, and Future. *The Journal of Social Psychology*, 151(5), 635-656. <https://doi.org/10.1080/00224545.2010.522616>
- Gelles, R. (1979). Abused wives: Why do they stay?. *Journal of Marriage and the Family*, 38(4), 659-668. <https://doi.org/10.2307/350685>

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

- Godoy, L. y Mladinic, A. (2009). Estereotipos y roles de género en la evaluación laboral y personal de hombres y mujeres en cargos de dirección. *Psyche*, 18(2), 51-64.
- Goleman, D. (1998). *Working with emotional intelligence*. Kairós.
- Haines, E., Deaux, K. y Lofaro, N. (2016). The Times They Are a-Changing... or Are They Not? A Comparison of Gender Stereotypes, 1983–2014. *Psychology of Women Quarterly*, 40(3), 353-363. <https://doi.org/10.1177/0361684316634081>
- Heise, L. y García-Moreno, C. (2002). Violence by intimate partners. En E.G. Krug, L.L. Dahlberg y J.A. Mercy (Eds.). *World report on violence and health* (págs. 87-122). World Health Organization.
- Hernández-Martínez, N., Alberti-Manzanares, M., Núñez-Espinoza, J. y Samaniego-Villareal, M. (2017). Relaciones de Género y Satisfacción Marital en comunidades rurales de Texcoco, Estado de México. *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*, 21(1), 39-64.
- Instituto Nacional de Salud Mental “Honorio Delgado-Hideyo Noguchi” (2013). *Anales de salud mental: Estudio Epidemiológico de Salud Mental en Lima Metropolitana y Callao. Replicación 2012. Informe General (Vol. 29)*.
- Isla, Y. (2014). Relaciones de poder en las parejas del AA. HH. La Victoria de El Tambo-Huancayo [tesis de maestría, Universidad Nacional del Centro del Perú]. Repositorio Institucional de la Universidad Nacional del Centro del Perú.
- Jiménez, A. (2018). Inteligencia emocional. En Asociación Española de Pediatría de Atención Primaria (Ed.) *15º Curso de actualización Pediatría 2018* (págs. 457-469). Lúa Ediciones.
- Jiménez, M. y López-Zafra, E. (2009). Inteligencia emocional y rendimiento escolar: Estado actual de la cuestión. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 41(1), 67-77.
- Kandiyoti, D. (1988). Bargaining with Patriarchy. *Gender and Society*, 2(3), 274-290. <http://www.jstor.org/stable/190357>
- Lascorz, A. (2015). Violencia encubierta en las relaciones de pareja jóvenes [tesis de doctorado, Universidad de la Castilla-La Mancha]. Repositorio de la Universidad de la Castilla-La Mancha.
- La Parra, D. y Tortosa, J. M. (2003). Violencia estructural: Una ilustración del concepto. *Documentación social*, 131, 57-72. <http://hdl.handle.net/10045/23375>
- Ley 38.668 de 2007. Sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia. 23 de abril de 2007. Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela.

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

- Lila, M. (2010). Investigación e intervención en violencia contra la mujer en las relaciones de pareja. *Psychosocial Intervention*, 19(2), 105-108.
<https://doi.org/10.5093/in2010v19n2a1>
- López, S. (2015). La violencia simbólica en la construcción social del Género. *Revista de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades*, 2(2).
- López-Nuñez, M. (2013). La construcción de la masculinidad y su relación con la violencia de género. *Revista Internacional de Trabajo Social y Ciencias Sociales*, 5, 61-84.
<https://doi.org/10.5944/comunitania.5.4>
- Lopez-Zafra, E., Berrios, P. y y Augusto, J. (2008). *Introducción a la psicología social*. Del Lunar.
- López-Zafra, E., Diekman, A. y García-Retamero, R. (2008). Dinámica de estereotipos de género y poder: un estudio transcultural. *Revista de Psicología Social*, 23(2), 213-219.
<https://doi.org/10.1174/021347408784135788>
- Lopez-Zafra y Rodríguez-Espartal, N. (2015). Emociones. En Sabucedo, J. M. y Morales, J. F. (Eds.) *Psicología Social*. Editorial Médica Panamericana.
- López-Zafra, E., Rodríguez-Espartal, N. y Ramoz-Alvarez, M. (2019). Women's and men's role in culture of honor endorsement within families. *European Journal of Women's Studies*. 27(1). 72-88. <https://doi.org/10.1177/1350506818824369>
- Lorente, M. (2001). *Mi marido me pega lo normal. Agresión a la mujer: realidades y mitos*. Planeta.
- Nieves, R. (1996). *Violencia de género: Un problema de Derechos Humanos*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Mayer, J. y Salovey, P. (1993). The intelligence of emotional intelligence. *Intelligence*, 17(4), 433-442. [https://doi.org/10.1016/0160-2896\(93\)90010-3](https://doi.org/10.1016/0160-2896(93)90010-3)
- Mayer, J. y Salovey, P. (1997). What is Emotional Intelligence? En P. Salovey y D. Sluyter (Eds.): *Emotional development and emotional intelligence: educational applications* (págs. 3-31). Basic Books.
- Mayer, J. D., Salovey, P., Caruso, D. y Sitarenios, G. (2001). Emotional intelligence as a standard intelligence. *Emotion*, 1(3), 232-242. <https://doi.org/10.1037/1528-3542.1.3.232>
- Mayer, J. D., Salovey, P., Caruso, D. y Sitarenios, G. (2003). Measuring emotional intelligence with the MSCEIT V 2.0. *Emotion*, 3(1), 97-105.
<https://doi.org/10.1037/1528-3542.3.1.97>

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

- Mereish, E. H. y Poteat, V. P. (2015). A Relational Model of Sexuality Minority Mental and Physical Health: The Negative Effects of Shame on Relationships, Loneliness and Health. *Journal of Counseling Psychology*, 62(3), 425-437.
<https://doi.org/10.1037/cou0000088>
- Mestré, J., Guil, R., Brackett, M. y Salovey, P. (2008). Inteligencia emocional: definición, evaluación y aplicaciones desde el modelo de habilidades de Mayer y Salovey. En F. Palmero y F. Martínez-Sánchez (Eds.), *Motivación y emoción* (págs. 407-438). McGraw-Hill.
- Mohr, J. J. y Kendra, M. S. (2011). Revision and extension of a multidimensional scale measure of sexual minority identity: The Lesbian, Gay, and Bisexual Identity Scale. *Journal of Counseling Psychology*, 58 (2), 234-245. <https://doi.org/10.1037/a0022858>
- Mohr, J. J., Israel, T. y Sedlacek, W. E. (2001). Counselors' attitudes regarding bisexuality as predictors of counselors' clinical responses: An analogue study of a female bisexual client. *Journal of Counseling Psychology*, 48(2), 212-222.
<https://doi.org/10.1037/0022-0167.48.2.212>
- Mohr, J. J., Weiner, J. L., Chopp, R. M. y Wong, S. J. (2009). Effects of client bisexuality on Clinical judgment: When is bias most likely to occur? *Journal of Counseling Psychology*, 56(1), 164-175. <https://doi.org/10.1037/a0012816>
- Mora, C. (2013). *Madres e hijas maltratadas: La transmisión intergeneracional de la violencia doméstica en el Perú*. GRADE.
- Olavarría, J. (2001). *Y Todos Querían Ser (Buenos) Padres*. FLACSO.
- Olavarría, J. y Valdés, T. (1998). Ser Hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo, un mismo modelo. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidades y Equidad de Género en América Latina* (págs. 12-35). FLACSO.
- O'leary, K., Curley, A., Rosenbaum, A. y Clarke, C. (1985). Assertion training for abused wives: A potentially hazardous treatment. *Journal of Marital and Family Therapy*, 11(3), 319-322. <https://doi.org/10.1111/j.1752-0606.1985.tb00625.x>
- Oblitas, B. (2009). Machismo y violencia contra la mujer. *Investigaciones sociales*, 13(23), 301-322. <https://doi.org/10.15381/is.v13i23.7235>
- Organización de las Naciones Unidas (1994). *Declaración sobre la eliminación de la violencia contra las mujeres*. Naciones Unidas.
- Organización de las Naciones Unidas (2015). *Transformar nuestro mundo: la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible*. Naciones Unidas.

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

- ONU Mujeres y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2020). *COVID-19 Global Gender Response Tracker*. <https://data.undp.org/gendertracker/>
- Organización Mundial de la Salud (8 de marzo del 2021). *Violencia contra la mujer*. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/violence-against-women>
- Bott, S., Guedes, A., Goodwin, M. y Adams-Mendoza, J. (2013). *Resumen del informe: Violencia contra las mujeres en América Latina y el Caribe: Análisis comparativo de datos poblacionales de 12 países*. Organización Panamericana de la Salud. <https://iris.paho.org/handle/10665.2/3470>
- Ortiz-Hernández, L. (2004). La opresión de minorías sexuales desde la inequidad de género. *Política y Cultura*, 22, 161-182.
- Páez, M. y Castaño, J. (2014). Inteligencia emocional y rendimiento académico en estudiantes universitarios. *Psicología desde el Caribe*, 32(2), 268-285. <https://doi.org/10.14482/psdc.32.2.5798>
- Palomera, R., Fernández-Berrocal, P. y Brackett, M. A. (2017). La inteligencia emocional como una competencia básica en la formación inicial de los docentes: algunas evidencias. *Electronic Journal of Research in Education Psychology*, 6 (15), 437-454. <http://dx.doi.org/10.25115/ejrep.v6i15.1292>
- Parra, I. (2012). *Tu casa es sangre: relatos de mujeres sobre violencia familiar en la sierra central del Perú* [tesis de doctorado, Universidad de Granada]. Repositorio Institucional de la Universidad de Granada. <https://digibug.ugr.es/handle/10481/21635>
- Parra del Pino, C. (2017). *La percepción de la cultura del honor en los residentes del Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes de Melilla* [tesis de Maestría, Universidad de Granada]. Repositorio Institucional de la Universidad de Granada. <https://digibug.ugr.es/handle/10481/48442>
- Pecho, P. (2017). *Sexismo ambivalente, pensamientos patriarcales y violencia simbólica inter e intra género en Lima y Huancayo* [tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/9129>
- Perez-Witch, J. (2017). *Identidad sexual y satisfacción de pareja en hombres heterosexuales de Lima Metropolitana* [tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/9832>

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

- Perles, F., San Martín, J., Canto, J. y Moreno, P. (2011). Inteligencia emocional, celos, tendencia al abuso y estrategias de resolución de conflicto en la pareja. *Escritos de Psicología*, 4 (1), 34-43. <http://dx.doi.org/10.5231/psy.writ.2011.0605>
- Pineda, C. (2012). Inteligencia Emocional y Bienestar Personal en estudiantes universitarios en ciencias de la salud [tesis de doctorado, Universidad de Málaga]. Repositorio Institucional de la Universidad de Málaga.
- Pick, S., Leenen, I., Givaudan, M. y Prado, A. (2010). «Yo quiero, yo puedo... prevenir la violencia»: Programa breve de sensibilización sobre violencia en el noviazgo. *Salud mental*, 33(2), 145-152.
- Pinto, A., Castro, A., Delgado, M. y Ruiz, A. (2018). Prevención de la violencia de género en el proceso formativo de la Universidad Técnica de Babahoyo. *Dilemas Contemporáneos: Educación, Política y Valores*, 12, 1-13.
- Plan International (17 de enero del 2021). *Conoce las estadísticas de violencia contra las mujeres durante la pandemia en 2021*. <https://www.planinternational.org.pe/blog/conoce-las-cifras-de-violencia-contra-las-mujeres-durante-la-pandemia>
- Plaza-Velasco, M. (2007). Sobre el concepto de “violencia de género”. Violencia simbólica, lenguaje, representación. *Revista electrónica de literatura comparada*, 2, 132-145.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PUND) (s/f). *La violencia de género*. <https://www.undp.org/content/undp/es/home/gender-equality/gender-based-violence.html>
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PUND) (12 de abril del 2020). *La otra pandemia: violencia en el hogar en tiempos de cuarentena*. <https://www.pe.undp.org/content/peru/es/home/presscenter/articles/2020/la-otra-pandemia--violencia-en-el-hogar-en-tiempos-de-cuarentena.html>
- Quesada, J. (2014). Estereotipos de género y usos de la lengua. Un estudio descriptivo en las aulas y propuestas de intervención didáctica [tesis de doctorado, Universidad de Murcia]. Repositorio Institucional de la Universidad de Murcia.
- Ramos, M. (2012) *Manual de capacitación a líderes en masculinidades y prevención de la violencia basada en género*. UNFPA
- Ragneda, M. (2012). Medios de comunicación masiva y la mujer en Italia: de la violencia simbólica a la violencia física. *Trayectorias*, 14(35), 27-43.
- Reverter, S. (2003). Reflexions filosòfiques sobre la violencia contra les dones. *Asparkia: Investigación feminista*, 14, 45-57. <http://dx.doi.org/10.6035/Asparkia>

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

- Rodríguez-Espartal, N. (2012). Intervención con presos por violencia de género. Propuesta y resultados de un programa basado en Inteligencia Emocional [tesis de doctorado, Universidad de Jaén]. Repositorio de la Universidad de Jaén.
- Rodríguez-Espartal, N. (2018). Violencia de género: Una mirada desde la Psicología a un problema social que nos interpela. *Brújula, Revista de la Asociación de Egresados y Graduados de la PUCP*, 9(5), 26-28.
- Rottenbacher, J.M. (2019). Cambios y Continuidades en las Actitudes hacia los Roles de Género, Perú: 1996-2018. *Instituto de Opinión Pública*. Repositorio Institucional de la PUCP. <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/136393>
- Salovey, P. y Mayer, J. (1990). Emotional intelligence. *Imagination, Cognition and Personality*, 9(3), 185-211. <https://doi.org/10.2190/DUGG-P24E-52WK-6CDG>
- Sanz-Barbero, B., Rey, L y Otero-García, L. (2014). Estado de salud y violencia contra la mujer en la pareja. *Gaceta sanitaria*, 28(2), 102-108. <http://dx.doi.org/10.1016/j.gaceta.2013.08.004>
- Sentamans, T. (2012). Género, violencia simbólica y medios de comunicación. Crónicas dulces y masculinidad femenina en la prensa gráfica de la II República. *Arte y políticas de identidad*, 6, 231-247.
- Shannon, A. (2013). La teoría de las inteligencias múltiples en la enseñanza de español [tesis de maestría, Universidad de Salamanca]. Red Electrónica de Didáctica del Español como Lengua Extranjera.
- Tapia, M. (2010). *Yo venía con un sueño... Relaciones de género entre inmigrantes de origen boliviano en Madrid 2000-2007* [tesis de doctorado, Universidad Complutense de Madrid]. Repositorio de la producción académica en abierto de la Universidad Complutense de Madrid.
- Thayer, J., Rossy, L., Ruiz-Padial, E. y Johnsen, B. (2003). Gender Differences in the Relationship between Emotional Regulation and Depressive Symptoms. *Cognitive Therapy and Research*, 27(3), 349-364. <https://doi.org/10.1023/A:1023922618287>
- Thies, K. E., Starks, T. J., Denmark, F. L. y Rosenthal, L. (2016). Internalized Homonegativity and Relationship Quality in Same-Sex Romantic Couples: A Test of Mental Health Mechanisms and Gender Moderator. *Psychology of Sexual Orientation and Gender Diversity*, 3(3), 325-335. <https://doi.org/10.1037/sgd0000183>
- Torres, R. y Matviuk, S. (2012). Inteligencia emocional y prácticas de liderazgo en las organizaciones colombianas. *Cuadernos de administración*, 28(47), 89-102.

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

- United Nations Office on Drugs and Crime (2019). *Global Study on Homicide: Gender-related killing of women and girls*. United Nations.
- Vagi, K., Rothman, E., Lutzman, N., Tharp, A., Hall, D. y Breiding, M. (2013). Beyond correlates: A review of risk and protective factors for adolescent dating violence perpetration. *Journal of Youth and Adolescence*, 42(4), 633-649.
<https://doi.org/10.1007/s10964-013-9907-7>
- Valdez-Medina (2009). *Teoría de la Paz o Equilibrio: Una nueva teoría que explica las causas del miedo y del sufrimiento y que nos enseña a combatirlos*. Edamex.
- Valencia, A. (2019). Dependencia emocional y violencia simbólica en mujeres de Lima Metropolitana [tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP.
<http://hdl.handle.net/20.500.12404/14999>
- Valverde, K. y Cubero, M. (2014). La maternidad como un constructo social determinante en el rol de la feminidad. *Revista Wimb Lu*, 9(1), 29-42.
<https://doi.org/10.15517/wl.v9i1.15248>
- Van Rooy, D. y Viswesvaran, C. (2007). Assessing Emotional Intelligence in Adults: A Review of the Most Popular Measures. En R. Bar-On, J.G. Mearns y M.G. Elias (Eds.) *Educating People to be Emotionally Intelligent* (págs. 259-272).
- Vázquez-Rivera, M. (2014). La “B” en terapia: Experiencias, modelos y asuntos particulares de la población bisexual en psicoterapia. *Boletín Diversidad*, 5(1), 12-15.
- Villacorta, E. (2010). Inteligencia emocional y rendimiento académico en estudiantes de Medicina Humana de la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana. *Ciencia y Desarrollo*, 12, 41-56. <http://dx.doi.org/10.21503/CienciayDesarrollo.2010.v12.04>
- Yago, T. (2011). *Jóvenes, anticoncepción y género: Perspectiva de género en la práctica clínica*. Universidad de Zaragoza.
- Yubero, S. (2004). Socialización y aprendizaje social. En D. Páez, I. Fernández, S. Ubillós, E. Zubieta (Coords.). *Psicología social, cultura y educación* (págs. 819-844). Pearson Educación.
- Yugueros, A. (2014). La violencia contra las mujeres: conceptos y causas. *Revista castellano-manchega de ciencias sociales*, 18, 147-159.
<https://doi.org/10.20932/barataria.v0i18.49>

Apéndices**Apéndice A**

Ficha de datos sociodemográficos

-Edad: ____ años

-Género

- Femenino
- Masculino
- Otro: _____

-Orientación sexual:

- Heterosexual
- Homosexual
- Bisexual
- Otro _____

-Lugar de nacimiento:

- Lima
- Provincia
- Si no ha nacido en Lima, ¿cuánto tiempo lleva residiendo aquí? _____

-Estado civil:

- Soltera
- En una relación
- Casada
- Conviviente
- Viuda
- Divorciada
- Separada
- Otro: _____

-¿Tiene hijos o hijas?:

- Sí
- No

-Número de hijas e hijos: _____

-¿Cuántas hijas mujeres tiene?: _____

-¿Cuántos hijos hombres tiene?: _____

-Piense en la relación sentimental más importante o significativa que ha tenido a lo largo de su vida. ¿Cuánto tiempo duró o dura esa relación? (Señalar en meses): _____

-Indicar el tipo de relación que era/es:

- Enamorados
- Novios

Violencia simbólica e Inteligencia emocional

- Convivencia
- Matrimonio
- Otro: _____

-¿Por qué considera o cuál es el motivo que la lleva a pensar que ha sido su relación más importante? (Puede marcar más de una opción):

- Relación más larga
- Convivencia
- Primera pareja sentimental
- Primera pareja sexual
- Padre de mis hijos/hijas:
- Otro: _____

-¿Es su relación actual?

- Sí
- No

-Grado de instrucción:

- Primaria incompleta
- Primaria completa
- Secundaria incompleta
- Secundaria completa
- Superior técnica incompleta
- Superior técnica completa
- Superior universitaria incompleta
- Superior universitaria completa
- Máster/Doctor

-Nivel socioeconómico (percibido):

- Alto
- Medio-Alto
- Medio
- Medio-bajo
- Bajo

-Religión:

- Católica
- Evangélica
- Atea/agnóstica
- Otra: _____

Apéndice B

Consentimiento informado

El presente proyecto de investigación es conducido por Daniela Ramírez Meneses, estudiante de último ciclo en de la carrera de Psicología Clínica en la Pontificia Universidad Católica del Perú, y se encuentra bajo la supervisión de la Dra. Noelia Rodríguez-Espartal, docente e investigadora de la universidad mencionada. Este tiene como objetivo recolectar información sobre violencia simbólica e inteligencia emocional en mujeres de Lima Metropolitana y Callao.

La investigación consistirá en responder dos cuestionarios breves y una ficha de datos, los cuales no resultarán perjudiciales para la integridad de la participante. Además, la participación en este estudio es estrictamente voluntaria y confidencial. La información recopilada no se utilizará para ningún propósito fuera de los fines de la investigación y sus respuestas serán codificadas usando un número de investigación, por lo que serán anónimas.

Es importante tomar en cuenta que las participantes no recibirán ninguna información sobre los resultados del estudio. Estos se publicarán en la tesis una vez concluida la investigación.

En caso de cualquier duda o inquietud, puede comunicarse con nrodriguez@pucp.edu.pe o daniela.ramirez@pucp.pe

Le agradecemos de antemano por su tiempo y participación.